
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
INTERNADO DE DIABÓLICAS
CURTIS GARLAND

«En ese instante, Muriel vio el rostro en la ventana, tras los cristales de los cerrados postigos.

El rostro horripilante, monstruoso, parecía flotar allá, en la negra noche, entre agua que caía del alero del edificio. Una mirada satánica se fijó en ella desde aquella siniestra mancha verdosa que era la cara terrorífica que la estaba contemplando desde fuera.

Muriel exhaló esta vez un grito agudo. Y se desplomó en tierra, incapaz de reaccionar de otro modo ante el nuevo horror».



Curtis Garland

Internado de diabólicas

Bolsilibros: Selección Terror - 146

ePub r1.1

xico_weno 03.09.16

Título original: *Internado de diabólicas*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

MALA NOCHE PARA VIAJAR

Mala. Muy mala noche, pensó el viajero de expresión cansada, mirando de nuevo al exterior, a través de la ventanilla, borrosa por la lluvia. El agua corría formando regueros verticales por el empañado vidrio. La diferencia de temperatura con el exterior era, sin duda, notable.

Era una pésima noche para viajar, evidentemente. Sobre todo, para viajar por una región tan poco amable a la vista. Eso, cuando se veía algo. Lord Kellaway se preguntó para sí, de un modo puramente mental, si había merecido la pena emprender aquel viaje, precisamente en esta época del año, abandonando su confortable casa de Londres por aquel incómodo vehículo, camino de un lugar que le era perfectamente desconocido.

Se movió incómodo en su asiento, frunció el ceño, al notar que otros viajeros le miraban malhumorados, al provocar con su movimiento un chirrido desagradable del asiento, y trató de dormir, cerrando los párpados y reposando la cabeza en el respaldo de tapizado suave y aterciopelado.

No le sirvió de mucho. Aún era más incómodo permanecer así, porque la ausencia de sueño le crispaba los nervios, haciéndole sentir tan tenso como una ballesta a punto de dispararse.

Volvió a abrir los ojos. Se sorprendió ligeramente. Aquel otro viajero tenía la mirada fija en él. Parpadeó. Y, de súbito, notó que el viajero tenía sus ojos cerrados.

Incluso respiraba profundamente, como si estuviera dormido.

Lord Kellaway dudó de su propia convicción. Hubiera jurado que los ojos de aquel hombre, grandes, redondos y muy negros, estaban clavados en él un momento antes, mientras intentaba

dormitar. Y, sin embargo, en una décima de segundo, esa impresión se había evaporado. El rostro parecía dormir, con sus ojos muy cerrados.

Bostezó, disgustado. Se puso repentinamente en pie El asiento volvió a crujir de un modo molesto. Algunas cabezas se movieron. Ahora, sí. Varias miradas se fijaron en él, con irritación, desde los asientos del compartimento. Pero no la del hombre situado frente a él, aquel que le pareciera haber visto antes tan vigilante…

—Disculpen —dijo en un murmullo.

Y salió del compartimento, mientras el tren emitía un silbido, al tomar una curva a considerable velocidad. El vagón trepidaba bajo sus pies. El pasillo aparecía totalmente desierto.

Lord Kellaway respiró con alivio. Se sintió más tranquilo, con los nervios más templados. Miró el compartimento, a través de la puerta que acababa de cerrar. Una rendija de la cortinilla le permitía ver a sus compañeros de viaje. Volvían a dormitar, agitados levemente por el traqueteo del ferrocarril.

Estudió con cierto disgusto al hombre que antes creyera haber visto con ojos muy abiertos e inquietantes. Se encogió de hombros. Lo cierto es que era de aspecto poco agradable, pero parecía tan dormido como poco antes. Su cara larga y caballuna se apoyaba con la barbilla sobre el pecho, y su palidez contrastaba quizás más por causa del negro intenso de su prenda de abrigo, bien abotonada. Un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente. Podía tener cualquier edad, entre treinta y cincuenta años.

Afuera, retumbó ensordecedoramente un trueno, haciendo temblar los vidrios de las ventanillas. Un fulgor deslumbrante, lívido, le había precedido en sólo dos segundos. Un rápido y elemental cálculo muy propio de los niños, le hizo ver dónde andaba la tormenta.

—Sólo a seiscientos metros —jadeó—. Virtualmente, tenemos encima ese maldito temporal…

Echó de menos su buen oporto, el *brandy* en copa caliente, y el confortable asiento tapizado de granate oscuro, en su biblioteca hogareña, al amor de los leños chisporroteando en la chimenea. Maldijo entre dientes unas cuantas cosas, entre ellas su propia prisa por emprender aquel viaje.

Arreciaba la lluvia de tal forma, que su estruendo sobre las

ventanillas y el techo de los vagones llegaba a ser molesto. No se veía más que oscuridad, agua torrencial, lamiendo los cristales, y vaho de vapor con fuerte olor a carbón, allá fuera, disolviéndose en la noche.

La locomotora silbó nuevamente, mientras la velocidad del convoy nocturno parecía acelerar por momentos, como queriendo huir del meollo de la tormenta. Era dudoso que lo lograra, porque ahora, fulgor y estampido coincidieron casi matemáticamente, sacudiendo el convoy con violencia, percibiéndose estruendo de vidrios rotos, gritos y crujidos… justo en el instante en que el tren se quedó totalmente a oscuras y su velocidad comenzó a decrecer de modo ostensible, entre chirriar de ruedas sobre las vías metálicas.

Lord Kellaway se tambaleó, sintiéndose lanzado de un lado a otro del pasillo, a cada bamboleo amenazador del vagón. Por un momento temió lo peor: el descarrilamiento y el desastre en alguna hondonada, la muerte entre astillas, vidrios y hierros retorcidos.

En la repentina oscuridad del pasillo de aquel vagón de primera clase, notó un bulto cercano, la forma de alguien, que, tambaleándose lo mismo que él, fue a parar contra su cuerpo. Unos brazos le aferraron, angustiados, y oyó el grito ronco de una mujer, muy próximo.

—Calma, calma —rogó con voz ronca—. No se asuste, señora. Parece que no descarrilamos, pese a todo… Pero el rayo ha debido averiar algo en el convoy. Por eso se ha ido la luz y parece que vamos a detenemos…

—Dios mío, creí que nos matábamos… —susurró la voz de mujer, junto a lord Kellaway.

—Yo también, señora. Pero ya pasó lo peor, estoy seguro. Vea: el tren va reduciendo su marcha. Creo que en menos de diez segundos nos habremos detenido…

Así fue. Con la figura femenina apoyada en él, los brazos de ella rodeándole casi con desesperación, el aristócrata se limitó a mantener la firme presión de sus dedos sobre los hombros de la desconocida viajera, en tanto las puertas de todos los compartimentos se abrían, y el pasillo se llenaba de personas asustadas, hablando en voz alta, y produciendo una confusión de mil diablos.

Cuando el trepidar jadeante del convoy llegó a su fin, se hizo un profundo silencio dentro del vagón. Para, inmediatamente, comenzar a hablar todos a la vez:

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Por qué nos detenemos?

—¿Es que el rayo ha averiado la locomotora?

—¿Vamos a quedarnos ahora aquí toda la noche?

—Puede caernos encima otro rayo…

—Cuando menos, podrían informarnos de lo que sucede.

—¡Y traer luces!

Brillaban algunas llamas débiles, fósforos o encendedores. Incluso una linterna eléctrica bailoteó por algún lado, revelando solamente sombras, rostros demudados y expresiones amedrentadas. Muchos vidrios de las ventanillas estaban agrietados o rotos, y la lluvia comenzó a entrar en el vagón, chorreando por las paredes o salpicando a los viajeros.

Al fondo del corredor, se abrió la puerta de comunicación del vagón con la plataforma, y una voz avisó a todos con potente entonación:

—Por favor, señores, por favor. No se alarme nadie. ¿Hay heridos entre ustedes? ¿Alguien necesita asistencia? Si no es así, serénense todos y vuelvan a sus asientos. No hay motivo de alarma. Hemos sufrido el impacto de una chispa eléctrica, y se ha averiado el sistema de baterías del tren, eso es todo. Al parecer, otro rayo ha debido caer cerca, sobre las vías, y eso ha inducido a los maquinistas a detenerse, en tanto comprobamos si hubo daños o no en el tendido férreo. Aparte el susto natural y la conmoción del convoy, al recibir la chispa, no ha sucedido nada en los demás vagones.

Tras comprobar que no había allí heridos ni personas dañadas, y sí únicamente unas cuantas damas asustadas o histéricas, continuó el interventor hacia el vagón inmediato, para repetir allí sus explicaciones.

Los brazos de la dama se soltaron. La voz de ella murmuró, como avergonzada:

—Debe perdonarme, señor. Creo… creo que le he molestado innecesariamente.

—En absoluto, señora —se apresuró a responder lord Kellaway

con su cortesía exquisita de siempre—. Por el contrario, creo que su reacción fue muy lógica, y me alegraría haber servido, cuando menos, de cierto alivio a sus temores…

—Me ha ayudado mucho. No sé cómo darle las gracias… —murmuró ella.

Lord Kellaway sólo podía ver en la oscuridad el contorno de su figura esbelta, sus cabellos rizados, sus manos, pálidas y delgadas. Debía de ser una dama muy joven. Y quizá hermosa. Lord Kellaway deseaba que fuese así. Era un romántico incorregible, a pesar de que la reciente guerra mundial parecía haberse llevado, como en un viento maldito, todos los últimos residuos de romanticismo que pudieran haber quedado en el mundo.

—No hable así —pidió el noble—. No tiene ninguna importancia. Todos estamos en el mismo problema. Debemos ayudarnos, si eso es posible. Y parece que, por fortuna, nos es posible prestarnos una leve ayuda, ya que nada irreparable ha sucedido.

—Pero pudo haber ocurrido, ¿no cree?

—Estoy seguro de ello. Si descarrilamos, hubiese sido una tragedia absoluta —admitió lord Kellaway sordamente. Trató de ver algo en el exterior, estérilmente. Sólo de vez en cuando, fulgores cárdenos en la distancia, a medida que se alejaba de ellos el temporal—. Pero lo importante en este mundo es lo que sucede, no lo que pudo suceder.

—Lo que pudo suceder… —Ella se estremeció, como si hubiera algo en esas palabras que la impresionara—. Es curioso…

—¿Qué es lo curioso? —preguntó lord Kellaway, recostándose en la pared del vagón, junto a la ventanilla por la que corrían los surcos de lluvia. Extrajo una pitillera de plata, con inscripciones de oro para sus iniciales y su escudo nobiliario. Ofreció a la dama—: ¿Un cigarrillo?

—No, gracias —rechazó ella—. No fumo.

—Perdone. Hoy día he visto fumar a muchas jóvenes. Largas boquillas de ámbar, cigarrillos sofisticados… Son las nuevas corrientes, según parece. Estos años veinte prometen cambiar muchas cosas de nuestra sociedad…

—Estoy segura de ello. No fumo porque rechace esas modas, sino porque no me gusta el tabaco, señor…

—Kellaway —se apresuró a decir—. Edward Kellaway, señora.

—¿Lord Edward Kellaway? —puntualizó ella, sorprendida.

—Bueno, pues… sí —no pareció muy feliz por la identificación de su personalidad aristocrática—. El mismo, señora. Pero le aseguro que no tengo la culpa…

—¿No tiene la culpa de ser lord Kellaway? —Ella se echó a reír de buen grado—. Eso tiene gracia… He oído hablar mucho de usted. He leído artículos suyos. Es un gran profesor y un conferenciante magnífico. Escribe muy bien sobre muchos temas difíciles…

—Me está confundiendo, señora, por favor… —rechazó él, encendiendo su cigarrillo emboquillado. La llama iluminó brevemente sus facciones angulosas, curtidas, su canoso cabello, su barbita recortada, la expresión educada y señorial de su rostro—. Usted habló antes sobre algo que le parecía curioso… ¿Puedo saber qué era ello?

—Oh, se trataba de algo que usted mencionó… Algo que me hizo recordar las palabras de otra persona…

—¿Y fue…?

—Aquello de «lo que pudo suceder… y lo que realmente sucede» —suspiró la dama, en la oscuridad del vagón. Como fondo de su conversación. Se reiteraban los murmullos, exclamaciones contrariadas y conversaciones airadas, así como el frecuente paso de viajeros de un compartimento a otro—. Alguien me dijo, antes de emprender este viaje, que pensara bien lo que hacía. Que no me dejara impresionar por lo que pudo haber sucedido… y nunca sucedió. Usted, naturalmente, no comprenderá a qué me refiero.

—Pues, no, señora. No exactamente, pero no tiene que referírmelo, si no lo cree oportuno…

—No tengo inconveniente en referírselo, lord Kellaway. Y, por favor, no vuelva a llamarme «señora». Me hace sentir terriblemente vieja…

—Una dama puede casarse a los dieciocho años, y ser ya una señora —habló él, respetuoso—. Perdone si la ofendí. Sé que es muy joven, puedo advertirlo aun sin luz. Y bella, sin duda alguna. Pero si es una jovencita soltera, le pido disculpas por el error.

—Soy soltera, sí. Y joven, tuvo razón. Pero no he pensado aún en casarme. Mi profesión absorbe todo mi tiempo, ésa es la verdad.

Mi nombre es Ashton. Muriel Ashton. Y soy maestra de escuela.

—¡Maestra de escuela! —Por alguna razón, lord Kellaway pareció gratamente sorprendido—. Oh, no es posible. Qué gran coincidencia… ¿Acaso un viaje de placer, unas vacaciones…?

—¿En esta época del año? —Ella se echó a reír—. Por Dios, lord Kellaway, usted es profesor. Y además, creo que conoce bien el ambiente universitario y colegial, si no he estudiado mal su persona. No, nada más lejos de unas vacaciones. Voy a incorporarme a un nuevo trabajo.

—¿Un nuevo trabajo? —El aristócrata frunció el ceño, mirándola sorprendido, en las penumbras profundas del oscuro vagón de ferrocarril detenido en medio de la vía, bajo el agua torrencial—. Y en este tren precisamente…

—¿Que tiene de malo este tren, salvo lo que ha sucedido con esa chispa eléctrica?

—No, no me refería a eso. Es que este tren hace el recorrido Londres-Leeds. Y, casualmente, una de las estaciones en que se detiene, es la de Nottingham…

—Eso es Nottingham —los ojos de la joven parecieron fijarse en él con sorpresa—. ¿Y…?

—Y allí hay un colegio bastante conocido. Una importante residencia de señoritas, en Nottingham Abbey, justo a una milla de la abadía.

—Sí. ¿Y qué, lord Kellaway?

—En resumen: ¿va usted a esa residencia como maestra?

—Exacto. Allá voy ahora. Es mi nuevo empleo. Le felicito por su perspicacia. Pero ¿qué tiene ello de casual?

—Yo también voy a Nottingham, señorita Ashton. No como profesor ni en calidad de conferenciante…, sino como inspector del Gobierno.

—¿Inspector del Gobierno?

—Eso es. Quizá una simple misión rutinaria de inspección escolar. Ya hice otras en ocasiones, pero…

—¿Pero…?

—Ninguna como ésta, la verdad.

—¿Por qué? —Pareció inquietarse Muriel Ashton ante sus reticencias.

—Bueno, para serle sincero… han llegado rumores extraños

hasta el Departamento de Cultura del Gobierno. Rumores referentes a ese internado de señoritas en Nottingham.

—¿Rumores? ¿Qué clase de rumores? —La incertidumbre de ella parecía ir en aumento.

—Pues…, perdone que no me extienda en ese tema —murmuró el aristócrata, evasivo, repentinamente poco comunicativo—. Es algo así como un secreto profesional… por el momento.

—Entiendo —la joven viajera pareció más fría de pronto—. Perdone si he sido indiscreta. No creí que fuese nada trascendente…

—Quizá no lo sea —trató de suavizar las cosas lord Kellaway—. Pero me ordenaron la mayor discreción posible por el momento. Además…, usted va a ese internado. Es mejor que no llegue a él con ideas preconcebidas sobre nada.

Hubo un silencio entre ambos. La gente parecía irse tranquilizando, a medida que transcurría el tiempo desde el momento de la detención del convoy. Afuera sólo continuaba la lluvia, ya sin descargas eléctricas cercanas.

En otros vagones, también parecía dominada la difícil situación.

La puerta del final del corredor se abrió. Volvió a oírse la voz enérgica del interventor ferroviario:

—¡No se preocupen, por favor! ¡Todo está bien en el tren! Ni un solo herido, ni un problema… Dentro de poco nos enviarán un equipo de auxilio, por si necesitamos arreglar las líneas férreas… También tendremos luz en breve. No se preocupen, por favor. Traerán ahora lámparas de emergencia. Todo va bien…

Era como una cantinela monocorde, para convencer a los demás y, quizá también, para convencerse a sí mismo. Ellos dos no parecían hacerle caso. Se miraban fijamente. Lord Kellaway no sabía qué decir.

Ella sí lo dijo. De un modo brusco, inesperado, casi como un mazazo de sorpresa para el aristócrata que iba a Nottingham como inspector escolar:

—Ideas preconcebidas ha dicho… Ideas preconcebidas…, ¿sobre qué, lord Kellaway? ¿Acaso…, acaso sobre el diablo?

Lord Kellaway se quedó como petrificado.

Afuera, inesperadamente, restalló otro formidable estampido llegado de los cielos, a pesar de que la tormenta eléctrica parecía definitivamente alejada. Y una chispa reventó, con un resplandor

deslumbrante, a poca distancia del convoy.

A tan corta distancia, que resquebrajó los vidrios de las ventanillas e hizo entrar un alud de lluvia y aire frío en el vagón. Lord Kellaway se estremeció, fija su mirada en la muchacha joven —e indudablemente hermosa, ahora que la veía por un fugaz instante a plena luz—, y musitó, ronca su voz:

—El diablo… El diablo… ¿Cómo lo supo, señorita Ashton?

CAPÍTULO II

MUERTE PARA ALGUIEN

El diablo…

Muriel Ashton se estremeció al recordarlo. Clavó sus ojos en la extraña figura recortada en la noche, sobre un leve y lejano reflejo rojizo de un farol de la estación ferroviaria de Nottingham.

Era el propio diablo. Una inquietante figura de piedra. Pero sólo era una gárgola. Sobresalía de aquel viejo edificio de piedra gris, próximo a la estación.

Bajó la cabeza. Y la mirada. Leyó el rótulo del poste, bajo la gárgola inquietante:

«A Nottingham, tres millas».

Más abajo, otro rótulo señalaba:

«A Sherwood College, cuatro millas».

Eludió mirar la figura demoníaca tallada en piedra. Había otras alrededor: monstruos, rostros de grifos y bestias míticas. Pero aquella afilada faz diabólica, resultaba para la joven, evidentemente, la más estremecedora de todas. Cuando pasó adelante, en dirección a la parada de taxis cercana a la estación, ni siquiera miró a la gárgola de faz satánica, a pesar de que caminó justamente debajo de ella…

Los automóviles esperaban en hilera, junto a una pequeña estación con surtidores de gasolina. Eran oscuros y largos limousines adecuados para servicio público. Bajo sus neumáticos, el asfalto aparecía negro y charolado por la lluvia persistente caída durante toda la noche.

Nottingham era una vieja ciudad, y la región una muy vieja región. Se advertía en todos sus detalles: edificios grises, piedras seculares, gárgolas, columnas, sillares macizos, arcadas y pórticos medievales…

Tierra de feudalismos antiguos, de leyendas en torno a Sherwood Forrest y sus míticos héroes de siempre: Robin Hood, Ricardo Corazón de León, Juan Sin Tierra… Lugares donde la historia y la leyenda llegaban a mezclarse en un entramado de difícil deshilvanado. Abadía, castillos y casas señoriales, grandes cotos de caza, boscaje y extensiones abruptas, configuraban unas tierras singulares y hermosas.

Durante la noche, bajo un cielo hosco y nuboso, tras un largo y accidentado viaje en ferrocarril, con un conato de descarrilamiento y la forzada reparación de las vías para proseguir camino, Nottingham no ofrecía al viajero un aspecto risueño ni legendario.

Era, simplemente, un lugar oscuro, húmedo, frondoso y poco habitado en los alrededores de su estación antigua, de la que se decía ya que iba a ser suplida en breve por otra más amplia y moderna, más próxima también al casco urbano de la ciudad de Nottingham.

A Muriel Ashton no pareció gustarle en absoluto. Cuando el largo limousine negro se alejó conduciendo en su interior a la joven maestra de escuela procedente de Londres, quedó atrás el reflejo rojo de un faro de las vías férreas, quebrándose en la piedra inquietante de la gárgola demoníaca apenas entrevista sobre el viejo muro de piedra feudal.

También la estación, con la locomotora jadeante, despidiendo todavía vapor blanco entre sus ruedas y bielas, y resoplando humo negruzco por su ancha chimenea, entre los destellos metálicos de las vías empapadas de agua.

Pocos viajeros se hablan quedado en Nottingham esa noche. Solamente ella… y el elegante y correcto caballero llamado lord Edward Kellaway. Él se había dirigido al hotel, en tanto ella se excusaba con tono agradecido de ser acompañada, indicando que se encaminaría directamente al colegio femenino de Sherwood.

Así se habían despedido ambos. Lord Kellaway le rogó que no comunicase todavía a *lady* Eunice de Wolf, directora del internado femenino, su llegada como inspector oficial del Gobierno a

Nottingham. Algo sorprendida, ella le prometió que así lo haría, en tanto le fuese posible. Con unas breves palabras de gratitud, lord Kellaway se había despedido de ella en el propio andén de la estación, antes de tomar un coche de alquiler hacia el centro de la población, no sin antes hacerle una pregunta singular:

—Perdone, señorita Ashton, pero en el tren creo recordar que usted… me citó al… al diablo. ¿Puedo preguntarle por qué lo hizo? ¿Qué es lo que ha oído usted en relación con el diablo, alusivo al colegio femenino de Sherwood?

Ella había respondido también brevemente. Y con suma sencillez:

—Sencillamente esto, lord Kellaway, ya que tanto interés parece tener en el tema…

Y abriendo su bolso de mano, había extraído de él una carta. El sobre, estampillado en Nottingham, iba dirigido a su nombre, a unas señas relativamente céntricas de la ciudad de Londres.

Lord Kellaway extrajo el papel doblado que contenía. Con sorpresa, leyó su contenido:

«Señorita Ashton:

»No venga a Nottingham. No acepte el empleo. Aún está a tiempo de renunciar. Es un aviso amistoso. Crea en mí. Éste no es lugar adecuado para usted. Ni para nadie. Hay algo maligno en el ambiente. Algo perverso. Tal vez… el diablo en persona.

»Si. El Diablo. Lo siento tan cerca… No es ninguna broma, señorita Ashton. Por favor, no venga.

Un amigo.

Estaba escrito a máquina. Tipo peculiar en las máquinas «*Underwood*» de la época. Lord Kellaway había parecido profundamente impresionado por aquella misiva. La leyó dos veces. Luego, se la había devuelto a Muriel, con un simple comentario:

—Imagino que no sabe en absoluto quién pudo escribirla…

—En absoluto —negó ella—. Ni siquiera le hice mucho caso al

principio.

—Pero la conservó.

—Sí. Quería enseñársela, en broma, a mis nuevas compañeras del colegio…

—No lo haga.

—¿Cómo? —Pestañeó Muriel, sorprendida por su grave tono.

—Le ruego que no lo haga, en tanto no se lo pida yo, señorita Ashton. Será mejor así. Como si nada hubiera recibido. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Claro —le contempló intrigada—. Lord Kellaway, ¿qué sucede, exactamente? ¿A qué viene tanto misterio?

—Me gustaría podérselo decir —sacudió negativamente su cabeza—. Pero no es sencillo, ni mucho menos. Yo que usted, sin embargo, reflexionaría sobre ese aviso. Me parece leal y hasta sincero. Aún está a tiempo. Sale un tren por la mañana… o puede tomar ése hasta Leeds.

—Ni pensarlo —rechazó Muriel—. Necesito el sueldo. He recibido un anticipo de cincuenta libras de la Dirección del colegio. Cumpliré mi compromiso.

—Está bien —suspiró el aristócrata en ese punto, tras llamar a su automóvil de alquiler—. Le deseo suerte. Y, desde luego, recuerde siempre que yo la avisé a tiempo… lo mismo que su desconocido «amigo» de la carta enviada a Londres… Buenas noches, señorita Ashton. Hasta muy pronto en ese colegio.

Así se había ausentado lord Kellaway, anticipándose a su propia marcha en otro automóvil. Ahora, mientras pensaba en ello, rodando carretera adelante, se preguntaba si no estarían todos locos… o lo estaba ella, por seguir adelante, pese a las dos advertencias recibidas hasta entonces.

Advertencias que había desatendido. Entre otras razones porque estaba sin empleo y necesitaba ese dinero. Además, no creía en misterios. Y menos aún en la posible encarnación de Satanás. Esas cosas no sucedían ya. En una época de recesión económica, de paro y de crisis financiera, como era la actual, tras la guerra mundial y sus consecuencias en todos los países, había otra clase de demonios que ahuyentar, como eran el hambre, la miseria y las dificultades para sobrevivir a los malos tiempos de la década de los veinte. Por mucha música movida importada de Estados Unidos, por mucho

megáfono con sentimentalismos de Al Johnson, y mucho lujo en ciertas esferas, los tiempos no eran mejores. Más bien se diría que la gente se cubría con la máscara jovial del Charleston, de las plumas y los rasos, de los ritmos del *jazz band* y los lujosos automóviles Sedán último modelo, para ocultar sus temores y angustias. Si existía algún terror que preocupara a Muriel Ashton, ese terror no terna la forma de un demonio, sino la de la crisis, las dificultades económicas y la falta de trabajo.

Sus pensamientos y divagaciones sufrieron una brusca, casi brutal interrupción, cuando el coche pegó un áspero frenazo, patinando sus neumáticos sobre el asfalto mojado, antes de detenerse en seco, lanzándola a ella hacia adelante, con fuerza. Se aferró al respaldo del asiento delantero, y se quedó asustada, mirando con ojos muy abiertos al taxista y, a la vez, a la carretera, crudamente iluminada por los grandes faros de la limousine negra.

—Vaya, ¿y qué ocurre ahora? —suspiró ella, alarmada.

—Véalo por sí misma, señorita —murmuró con disgusto el conductor, señalando a la carretera—. No sabíamos nada de eso ninguno de nosotros, mientras esperábamos a los viajeros del tren. Se supone que el constable o el guardabosques tienen para algo un chisme llamado teléfono. Pero nadie informó a la estación de lo que sucedía…

Muriel contempló, desolada, los troncos y arbustos que se cruzaban en el sendero de asfalto, así como la tierra y peñascos acumulados detrás. Todo eso formaba un muro natural que impedía el paso por la carretera, y que llevaría algunas horas despejar.

—¿Qué es lo que sucedió?

—Es fácil imaginarlo. La lluvia torrencial provocó un desprendimiento de tierras de ese altozano. Tendremos que regresar.

—¿A la estación? —Se preocupó Muriel, estremeciéndose al pensar en una noche entera a la intemperie, con aquella humedad y aquel aire frío y pegajoso.

—Bueno, hay un recurso.

—¿Cuál?

—Dirigirnos al arrabal cercano a la estación. Allí hay un hotel aceptable, aunque no de los mejores… Dirigirnos ahora a la ciudad, comporta el mismo problema. Ésta es la carretera que lleva a

Sherwood Place. Es un villorrio, aunque tiene hotel y restaurante. Hay otro camino, pero estará inundado, y posiblemente interceptado también.

—Pero yo voy a Sherwood College…

—Mañana podrá hacerlo, seguramente antes del mediodía. Puede llamar desde el hotel y avisar lo que sucede. En el colegio de chicas tienen teléfono… si es que éste funciona con esta maldita noche, señorita.

—Está bien —suspiró Muriel, resignada, echándose atrás en el asiento—. Vamos a ese hotel. Después de todo, parece que no existe otra solución…

* * *

El hotel tenía un nombre adecuado al lugar, evocador de legendarias heroicidades y peripecias de capa y espada: Las Armas de Sherwood Forrest. Sólo faltaban los espadachines y los bandidos románticos, para que el cuadro fuese completo.

Era un viejo edificio de piedra, con un cartel oscilante, de metal, colgado de dos cadenas, saliente de la fachada, y al que el aire húmedo de la noche movía con un vaivén chirriante, sobre la puerta de vidrios emplomados que conducía al interior del establecimiento hotelero.

Muriel avanzó hasta el mostrador de recepción con sus maletas, mirando en torno, intrigada y curiosa, mientras el coche de alquiler, allá afuera, reemprendía su marcha, alejándose del lugar.

Un hombrecillo rubicundo, de escaso cabello rojizo y vivaces ojos azules, la atendió con toda cortesía, asomando por detrás del mostrador igual que un muñeco de barraca de feria.

—Buenas noches, señorita —saludó, ceremonioso—. ¿También usted ha venido en el tren de Londres?

Muriel contempló al hombre. Asintió con la cabeza, mientras contemplaba un fonógrafo con placas, situado al extremo del mostrador. Había bastantes discos en sus fundas de papel oscuro, prueba evidente de que había allí alguien aficionado a la música, aunque sólo fuese a la estridente y frenética llegada del otro lado del Atlántico.

—Sí —afirmó—. Iba hacia la residencia de señoritas de Sherwood cuando encontramos interrumpido el tránsito por la

carretera, a causa de un desprendimiento de tierras. Creo que tendré que alojarme aquí hasta mañana.

—Muy bien, señorita —aprobó el hotelero, mostrándole el libro registro—. Puede firmar ya, por favor. Tendrá habitación en la primera planta, lo mismo que el otro huésped que llegó esta noche en ese tren…

—¿Quién? —indagó Muriel, distraída, mientras escribía su nombre y origen en el libro.

—Por favor, señorita Ashton, no me diga que ya olvidó a su compañero de viaje…

La voz había llegado de la planta alta. Elevó la cabeza Muriel, mirando con grata sorpresa al hombre que asomaba a la escalera, con una sonrisa amplia y cordial.

—¡Lord Kellaway! —Exclamó la joven maestra—. Oh, no podía saber que coincidiríamos en el mismo hotel…

—Forzosamente —rió él, bajando la escalera—. No hay otro en Sherwood Place…

Ahora, también ella rió. Lord Kellaway, todo cortesía, tomó su equipaje, para ayudarla a subir. El hotelero tendió a Muriel una llave con el número quince colgando de una pesada placa de metal unida a ella.

—¿Cómo ha sido esto, señorita Ashton? —Se interesó el aristócrata, mientras subían la escalera—. Creí que estaría ya en su residencia femenina…

—No fue posible. Hay obstáculos en la carretera, debido a la lluvia. Piedras, árboles y tierra. Tuvimos que volver y desviarnos hacia Sherwood Place.

—Comprendo —lord Kellaway sacudió la cabeza—. No puede decirse que este lugar la acoja con los brazos abiertos. Primero fue el rayo en el tren, luego esto de ahora… Pero no desfallezca todavía. Las cosas que empiezan mal, acostumbran a terminar bien.

—Ojalá sea así —suspiró ella—. Empiezo a pensar, realmente, que algo endemoniado anda por medio, dificultando las cosas…

—Pudiera ser —manifestó seriamente lord Kellaway tornándose su rostro más grave al citar ella ese tema—. Sin embargo, yo diría que el diablo se mete en cosas más profundas que un simple desprendimiento de tierras…, aunque nunca se puede saber cuál es su oculto designio. De cualquier modo, creo que mañana nos

veremos de nuevo en Sherwood College.

—¿Va a iniciar su inspección allí?

—Por supuesto —afirmó él con tono grave—. Usted quizá lo tome a broma, pero poseo algunos datos sobre ese colegio. Y sobre ciertas cosas ocurridas recientemente en Sherwood. Hoy mismo, apenas llegué, hice una pequeña indagación, aparentemente rutinaria, para confirmar algo que ya sabía.

—¿Y…? —preguntó con vivo interés la joven, muy abiertos sus ojos al fijarse en el aristócrata enviado por el Gobierno como inspector de Enseñanza. Ya estaban arriba, y Muriel descubrió cosa de seis puertas, tres a cada lado de un corredor mal alumbrado por una bombilla colgada del techo, y envuelta en una pantalla color rosa diluido, de lo más cursi.

—Y, por desgracia, he confirmado algunos de mis temores —manifestó con lentitud el caballero de Londres—. Temores, mi querida amiga, que me hacen sentirme pesimista…

—¿Pesimista? ¿En qué sentido? —se alarmó Muriel.

—En muchos que no debo mencionar ahora, para no preocuparla más. Pero créame, señorita Ashton: mientras este usted en Sherwood como maestra… cuídese mucho. No se fíe de nada ni de nadie. Desconfíe de todo. Existe algo siniestro en este lugar. Algo que, quizá, sea realmente diabólico. O, cuando menos, lo parezca…

Y sin añadir más, señaló con un gesto el número quince, grabado sobre una puerta, dejando ante esa habitación la valija de Muriel, con un gesto cortés.

—Ocupo la habitación número trece, al final de este mismo lado del corredor. Como verá, no soy supersticioso —anunció, con una leve sonrisa que parecía querer diluir sus anteriores palabras inquietantes—. Si necesita algo de mí, no tiene más que llamarme, señorita Ashton…

—Gracias —suspiró ella, sin poder desviar sus ojos de lord Edward Kellaway. Tras una corta pausa, preguntó, con tono vacilante—: Oh, por favor, ¿se puede cenar en este hotel?

—Sí, pero no se lo aconsejo. Su cocina es pésima. Puede ir al restaurante vecino, justo en la esquina de esta manzana. Si se da prisa, aún encontrará acierto y podrá tomar algo excelentemente cocinado, y con un buen vino, si es aficionada a tomarlo en sus comidas.

—Sólo una copa, en todo caso —asintió Muriel, pensativa.

—Pues le recomiendo el restaurante Los Ciervos de Sherwood. Eso entonará sus ánimos, en una noche semejante. Incluso puedo acompañarla, y la invitaré gustoso a esa cena… En cosa de diez minutos estaré listo.

—Yo también —sonrió Muriel Ashton—. Hasta entonces, lord Kellaway.

—Hasta entonces, mi querida amiga —suspiró él, con expresión afable.

Se separaron, entrando cada uno en su habitación. Muriel no podía saber que nunca tendría lugar esa cena. Que era la última vez que veía con vida a lord Edward Kellaway…

* * *

Fue un grito desgarrador y terrible.

Muriel se puso rígida, dejando caer de sus manos todo cuanto había extraído de su maleta para colgarlo en el viejo y pesado armario de su habitación en el hotel.

Jamás un grito había sido tan espantoso. Era una nota aguda, escalofriante, en el paroxismo del terror y de la angustia. Un alarido de muerte. Y quizá de algo más, todavía mucho más espantoso que la misma muerte…

Sacudido su cuerpo por un estremecimiento de pavor, Muriel se precipitó valientemente a la puerta de su habitación. Abrió la puerta, asomando al mal alumbrado pasillo, enfrentándose a las sombras inciertas y a la claridad amarillenta de la única y sucia bombilla.

Descubrió la puerta de la habitación número trece, sólo entreabierta. De su interior le llegó un sonido extraño, gorgoteante, una especie de jadeo o susurro capaz de erizar los cabellos de alguien menos valiente que Muriel Ashton.

Con una increíble presencia de ánimo, y, aunque aquel ruido extraño e indescifrable seguía llegando hasta ella, procedente de la habitación del aristócrata, Muriel avanzó resucita hacia la puerta número trece…

—¡Lord Kellaway! —llamó—. ¡Lord Kellaway, responda, por favor! ¿Se encuentra bien?

Un silencio. Un raro, súbito silencio, acogió su llamada. Duró

apenas dos o tres segundos. Luego, volvió el sordo, espeluznante gorgoteo, el sonido estremecedor e indescifrable.

Muriel, decidida, avanzó con mayor rapidez, resuelta a todo, aunque sus ojos dilatados, fijos en la abertura de la hoja de madera a medio abrir, revelaban una mezcla de emociones en la que el terror no estaba ausente, ni mucho menos.

—¡Señorita Ashton! —Sonó a sus espaldas una voz—. ¿Qué sucede?

Giró ella la cabeza. El hotelero había subido las escaleras, presuroso. Observó que llevaba en su mano una pistola, y todo eso la tranquilizó en parte. Señaló hacia a habitación número trece.

—Es ahí —dijo—. No sé lo que sucede, pero… alguien gritó. Juraría que era la voz de lord Kellaway…

—Dios mío, si sonó de un modo terrible…

—Lo sé. Juraría que hay alguien más ahí dentro. Hay un sonido raro…

—¿Sonido? —El hotelero escuchó. Enarcó las cejas. Negó luego —: No oigo nada…

Era cierto. Todo estaba silencioso ahora Muriel pareció irritada al mirarla el del hotel con gesto escéptico. Manifestó secamente, encaminándose a la puerta de la habitación:

—Estoy segura. Había un ruido… como un gorgoteo, como un susurro extraño…

Abrió la puerta con decisión. El hotelero, a su lado, apuntó con la pistola, preocupado.

Muriel lanzó una exclamación de horror. El hombre, pese a su arma, se tambaleó.

Lord Kellaway aparecía en el suelo. Boca arriba, con los brazos extendidos, los ojos desorbitados… Evidentemente, estaba muerto. Algo había destrozado su rostro, bañado en sangre su boca, su nariz y su garganta, desgarrada ésta por alguna fuerza terrorífica.

Reposaba el cadáver sobre un charco escarlata, que producía horror. Lívido, el hotelero tuvo que apoyarse en el muro para no caer.

—Dios mío… —se lamentó—. Esto…, esto es horrendo…

—Mire eso —dijo Muriel, estremecida, señalando al muro, frente a ellos.

A la luz de la lámpara colgada del techo, sobre el cuerpo de lord

Kellaway, pudieron ver ambos una especie de sangriento dibujó rudimentario, como hecho por un niño, torpemente. Pero ningún niño normal dibujaría con sangre, trazando en el muro aquel rostro como de mujer, con dos cuernos, y la letra «S» o algo parecido, debajo, a guisa de firma…

Sin embargo, así era. El dibujo y la letra estaban trazados con la sangre de lord Kellaway, acaso por el dedo de un monstruoso asesino…

—No lo comprendo… —musitó el hotelero, mortalmente pálido —. Si nadie ha salido de aquí, ¿quién pudo hacer esto? ¿Usted vio u oyó a alguien?

—No —negó Muriel—. Sólo ese murmullo raro… y sonó todo el tiempo, hasta llegar usted. Tal vez lo producía el propio lord Kellaway, agonizando… Pero no pudieron tener tiempo de salir de aquí, tras causar la muerte…

—Es lo que pienso. Además, este corredor no tiene otra salida que la escalera. Por otro lado, ¿quién iba a querer causar mal a ese pobre caballero?

Muriel no respondió. Pero unas palabras de lord Kellaway, pronunciadas hacía sólo unos minutos, flotaron en su mente, como una obsesión estremecedora:

«… Cuídese mucho. No se fíe de nada ni de nadie. Existe algo siniestro en este lugar. Algo que, quizá sea realmente diabólico. O, cuando menos, lo parezca…».

Su mirada siguió la estancia toda, los muros, la sangre, el dibujo horrible, mientras el hotelero empezaba a abandonar la habitación mientras hablaba para sí:

—Voy a telefonear al cuartelillo. Cox tiene que venir en seguida… Cox es nuestro policía local, ¿sabe…?

En ese instante, Muriel vio el rostro en la ventana, tras los cristales de los cerrados postigos…

El rostro horripilante, monstruoso, parecía flotar allá, en la negra noche, entre agua que caía del alero del edificio… Una mirada satánica se fijó en ella desde aquella siniestra mancha verdosa que era la cara terrorífica que la estaba contemplando desde fuera…

Muriel exhaló esta vez un grito agudo. Y se desplomó en tierra, incapaz de reaccionar de otro modo ante el nuevo horror.

CAPÍTULO III

¡BIENVENIDA A SHERWOOD COLLEGE!

Había sido el tercer viajero del tren de Londres.

También él bajó en el andén de Nottingham, bajo la lluvia. Pero nadie se fijó en él. Quizá porque en vez de descender al andén principal, descendió por el otro lado opuesto del vagón, quedándose solo, con su maletín, en uno de los andenes intermedios, rodeado de vías férreas y traviesas de madera rezumando agua de lluvia.

Era alto, muy alto. Y joven. Su figura, bajo el impermeable oscuro, se veía ancha de hombros y esbelta de cintura. Sus largas piernas caminaron por el andén charolado por la lluvia, con paso largo y seguro. El maletín parecía pesar muy poco, colgando de su mano enguantada. Un sombrero a la última moda, de material impermeable, gris, cubría su cabeza. Bajo el ala, goteante de agua sólo unos momentos más tarde, los ojos eran oscuros y penetrantes, brillando con intensidad al recibir el fulgor de las luces de situación de la estación ferroviaria.

También fue el tercer viajero en tomar un vehículo de alquiler, pero lo hizo sin prisas, y más tarde que ninguno de los otros dos viajeros que descendieron, como él, del convoy procedente de Londres.

Antes, había tomado un par de tragos en la cantina próxima a la estación, rodeado de empleados ferroviarios y gente del pueblo de Sherwood Place, casi más próximo a la estación que la propia ciudad de Nottingham.

Eso le permitió saber que la carretera de Sherwood estaba intransitable por un desprendimiento de tierras. Por tanto, se dirigió directamente a Nottingham, en una de las limousines de alquiler. Y una vez en la ciudad, en vez de tomar alojamiento en un hotel,

buscó un caballo por alquilar.

Le costó algún tiempo, pero encontró un establo donde le alquilaron un animal, dejando en concepto de depósito una considerable suma en metálico. Cuando dio su nombre, el propietario del caballo dio un paso atrás, mirándole con sorpresa.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Es usted el nuevo heredero?

—Sí —suspiró el joven viajero, sacudiendo afirmativamente la cabeza—. Soy el nuevo heredero. Me he apresurado lo más posible. Y ya estoy aquí. Espero llegar a tiempo a los funerales…

—Sí, llega muy a tiempo —asintió el hombre del establo—. Mañana entierran al infortunado señor Jeffries…

—Han demorado mucho su entierro —comentó, sorprendido, el viajero.

—Bueno, había trámites legales por cumplir. Ya sabe lo que son estas cosas: autopsia, embalsamamiento, como él deseaba, para ir a su cripta familiar…

—¿Autopsia? —Dudó el viajero, clavando sus oscuros ojos taladrantes en su interlocutor—. ¿Por qué? Creí que había muerto de un ataque cardíaco…

—Bueno, ésa fue la razón aparente de su causa, pero el doctor Harold Forbes no estaba muy conforme con las apariencias. Y no quiso firmar el certificado de defunción, sin antes hacer la autopsia…

—Ya. ¿Y qué resultó de todo ello?

—Bueno, yo…, yo creo que eso se lo contarán mejor en Jeffries Manor, señor…, puesto que es usted el heredero único del señor Jeffries… A fin de cuentas, nosotros sólo escuchamos comentarios, murmuraciones y cosas así. Nada que sea digno de crédito, ya me comprende.

—No, no le comprendo. ¿Qué clase de murmuraciones?

—Por favor, ¿no tiene que ir ahora a su propiedad?

Es mejor que pregunte allí… —El dueño del establo parecía incómodo, como si no quisiera hablar en absoluto de todo aquello —. Si va a ir a caballo, como imagino, a causa del desprendimiento en la carretera, tome por el atajo situado a la izquierda, en la milla dos. Le llevará directamente a su finca, señor Jeffries…

—Gracias —dijo secamente el joven—. Es muy amable. Así lo haré. Si no hay problemas, mañana, después del funeral, le traeré su

caballo.

—Muy bien, señor. Yo tendré preparado el dinero para devolvérselo. Disculpe que cobremos a cuenta, pero es una vieja costumbre, y…

—No tiene que excusarse. Así está mejor. Buenas coches.

—Buenas noches, señor Jeffries. Y…, bien venido a Nottingham.

—Gracias —fue la respuesta del viajero, mientras se alejaba en la noche, a lomos de la montura alquilada, sin separarse de su liviano maletín negro.

Poco después, el trote del animal se perdía en la oscuridad. Un viajero había llegado a Nottingham, para hacerse cargo de una herencia y asistir a un funeral. No había coincidido salvo en el tren con otros dos viajeros a quienes desconocía por completo, llamados lord Edward Kellaway y Muriel Ashton.

Sin embargo, el destino iba a hacer que esas sendas se cruzaran de nuevo, no tardando mucho. Y de un modo que nadie hubiera podido prever.

* * *

El féretro penetró en la cripta familiar.

Luego, al salir los obreros acompañados del joven heredero, se cerró la puerta de metal, con un sordo ruido, que era como el obligado epílogo a cualquier vida de un miembro de la familia Jeffries.

—Descansa en paz, Bernard Jeffries —dijo roncamente el joven, deteniéndose ante el cerrado acceso a la cripta de la familia—. Ya todo está hecho…

Dio unos pasos atrás. El reverendo se alejaba ya, hacia su propio vehículo, mientras el nublado persistía en el cielo matinal, con tonos plomizos, amenazando nuevas lluvias. La tierra aún estaba blanda y mojada.

El joven Jeffries fue a reunirse con la mujer joven, vestida enteramente de negro, que rezaba en voz baja, frente al panteón de los Jeffries. La contempló, pensativo. Ella siguió con su oración.

Tenía una figura fuerte y vigorosa, que acusaba su condición de mujer entregada a las más rudas labores. Pese a su juventud, poseía formas de mujer madura, especialmente opulenta en sus pechos y nalgas, así como en la prominencia de sus redondeadas caderas.

Tenía el cabello rubio claro, lo cual suavizaba sus facciones, algo rudas, aunque no exentas de atractivo femenino. Las manos cruzadas ahora sobre el regazo, durante la oración, eran anchas y fuertes, aunque con dedos y uñas bien cuidados, dentro de lo que permitía la labor de servicio en una casa de campo como Jeffries Manor.

—Tú eres Angela, ¿no es cierto? —preguntó el joven, deteniéndose junto a ella.

—Sí —afirmó la rubia, clavando en él sus ojos, muy azules e indiferentes. Angela Eaton, señor Jeffries. Serví fielmente a su tío, Bernard Jeffries. Espero que, si no opina de otra forma, pueda servirle también fielmente a usted…

—Gracias, Angela. Eso espero yo también. No hay motivo para cambiar aquí las cosas, si tío Bernard las encontraba bien así…

—Es muy generoso, señor. Me siento feliz de continuar en está propiedad donde me hice mujer… Esté seguro de que sabré servirle con lealtad… en todo cuanto me pida. En todo, señor.

¿Era imaginación suya, o la joven y vigorosa doncella había puesto un especial énfasis al mencionar aquella palabra, «todo»? La miró, pensativo. Pero el rostro y gesto de Angela Eaton no dejó traslucir ironía ni malicia alguna. Parecía expresarse con la naturalidad y nobleza de las personas habituadas a vivir en el campo.

—Está bien —dijo el joven Jeffries—. Yo soy Stuart Jeffries, ya lo sabes. Sobrino de Bernard, y único familiar con vida que tenía. No soñé nunca con heredar nada y no ambiciono nada tampoco. Ni siquiera sé si conservaré esto o lo venderé algún día. De modo que no hablaremos de todo eso por el momento, Angela. Lo que si quisiera, y puesto que te muestras dispuesta a servirme en todo… es saber algo a través tuyo, si ello es posible.

—Pregunte, señor. Si lo sé, le informaré gustosamente de lo que sea.

—Si alguien puede saber algo al respecto, creo que ese alguien eres tú. Angela, mi tío murió, según creía, de un ataque cardíaco. Sin embargo, el doctor Forbes le hizo la autopsia. ¿Puedo saber por qué?

—Sí, señor —dijo—. El doctor Forbes se negó a firmar el certificado de defunción.

—Lo sé. Pero ¿por qué?

—Porque no estaba seguro de que fuese muerte natural la del señor Jeffries.

—¿Tenía algún motivo especial para pensar así?

—No lo sé. Quizá sólo era una sospecha. Algo que no le gustó en el rostro del señor…

—¿En el rostro? ¿Por qué dices eso?

—Bueno, él… él quedó muy desfigurado al morir. Horriblemente desfigurado, diría yo.

—¿Desfigurado? ¿Qué significa eso, Angela? ¿Alguna convulsión?

—Posiblemente. Yo no entiendo de medicina, señor. Lo cierto es que le hicieron esa autopsia. Por eso ha llegado usted a tiempo de verle sepultar…

—¿Y bien? ¿Qué resultado dio la autopsia?

—Uno muy especial —manifestó ella gravemente—. Su tío, señor Jeffries, no murió de un colapso cardíaco, como se dijo.

—¿De qué, entonces? —Se impacientó el joven heredero.

—Eso es lo extraño, señor. El señor Jeffries murió… a manos del diablo —fue la increíble respuesta de Angela Eaton, criada de los Jeffries.

* * *

—¡El Diablo!

—Sí, eso dije —asintió Edwin Cox—. Parece no haber lugar a dudas sobre eso…

—Dios mío… —susurró Muriel, estremeciéndose, tendida aún en su cama del hotel de Sherwood Place donde se inscribiera la noche antes, en tan tráfico momento. Cerró sus ojos y exhaló un suspiro—. El diablo… ¿Cómo puede hablar así, agente? Usted es un policía, un hombre que se basa en hechos, no en fantasías ni en supersticiones…

—Y, sin embargo, todo parece confirmar que hay algo diabólico por medio —respondió severamente Edwin Cox, jefe de la policía local de Sherwood, y virtualmente único miembro de la misma en aquella pequeña población, cercana a Nottingham, y convertida casi en suburbio de la ciudad—. La forma en que han matado a lord Kellaway, el rostro que usted dijo ver en la ventana, al

desmayarse…

—No creí verlo —replicó fríamente Muriel—. Lo vi. Con toda seguridad. No soy nada impresionable, señor Cox, se lo aseguro. Pude soportar la visión del cuerpo de ese infortunado caballero, pero no así la horrible impresión que me produjo la cara en la ventana…

—Está bien. Admito que lo vio. No hay por qué extrañarse, a pesar de que éste sea un primer piso y no tenga saliente ni cornisa alguna en la fachada que permita llegar aquí. Más extraña e incomprensible es todavía la forma en que ha muerto lord Kellaway, pongamos por caso. O ese dibujo trazado con sangre, por un dedo humano, en el muro… Y ese rostro de mujer con pequeños cuernos… Lo vi antes de ahora, señorita Ashton. Y puedo afirmar quién es.

—¿Ese dibujo representa a «alguien», realmente? —pregunto Muriel, dudosa y preocupada.

—Sí —afirmó Cox—. Debo preguntar antes a Norman Eider, para estar seguro, pero… sí. Sé lo que representa. Lo vi hace poco en un volumen sobre brujería y artes diabólicas.

—¿Qué representa, exactamente? —quiso saber Muriel.

—Es una vieja historia de la Edad Media. Se supone que sólo existe en toda la corte infernal un único demonio-hembra. Ése es Scheva. Desempeña el cargo de cantinera y concubina y se acostumbra a invocarla en los casos de vanidad, falsos amores y perfidia.

—Es usted toda una autoridad en demonios, Cox —comentó secamente el hotelero, mirándole asombrado.

—¿Yo? —El joven policía pelirrojo se echó a reír, sacudiendo la cabeza—. Oh, nada de eso. Si he consultado ese libro, fue porque alguien me denunció hace pocos días un posible caso de satanismo en Nottingham.

—¿Satanismo? —Se horrorizó el dueño del hotel, palideciendo.

—Sí, pero no se alarme demasiado —suspiró Cox—. Tal vez todo sea una simple fantasía sin sentido… a pesar de lo ocurrido con este caballero londinense. Y a posar del rostro en la ventana. Y a pesar de la cara dibujada en la pared… que es la de Scheva, la mujer-demonio.

—Scheva… —repitió Muriel, ensombrecido el gesto—. Sí,

pudiera ser… Esa letra «S» escrita con sangre… puede ser su inicial.

—Ya lo he pensado —asintió el policía, ceñudo—. Oh, todo esto parece cosa de chiflados. Yo no creo en el diablo. Ni puedo imaginarme a la gente de Nottingham o de Sherwood Place practicando el satanismo… De todos modos, ya dije que aún debo hablar con Norman Eider. Ya veremos lo que él me dice…

—¿Quién es Norman Eider? —quiso saber Muriel con voz apagada.

—Una especie de curandero, brujo, hechicero o como quiera llamarlo —rió escépticamente el agente Cox—. Él se cree importante en las cosas del ocultismo. Vive solo, aislado, y mucha gente le visita secretamente, pagando bien las consultas… Aparte todo eso, es un buen nombre. No me gustaría que sacara una falsa impresión de nuestra comunidad, imaginándonos entregados a ritos, supersticiones y exorcismos, señorita Ashton. Su cultura y su educación, como maestra, debe tenerla muy lejos de tales tonterías.

—No me gusta llamar tonterías a nada que desconozca… en tanto no esté más seguro de su naturaleza, agente Cox —fue la grave respuesta de Muriel—. Por ahora, tengo la referencia de un hombre que sí creía en la presencia del diablo en Nottingham. Ese hombre, casualmente, era lord Kellaway, y ahora está muerto de un modo que usted no se explica fácilmente, y para cuya investigación está dispuesto a pedir ayuda a Scotland Yard, si es preciso. Yo he visto esa cara en la ventana… y puedo asegurarle que era algo espantoso. Verdosa, cubierta de llagas purulentas, con los ojos desorbitados y la boca babeante… Pese a todo, parecía una mujer. “Era”, sin duda, una mujer, dado el largo de sus cabellos.

—¿Cree que vio a la propia Scheva encarnada en un ser humano? —dudó Cox.

—No creo nada. Pudo ser alguien sometido a poderes demoníacos, no sé. Lo cierto es que ese rostro horrible parecía flotar ante la ventana, como algo inmaterial… Y me miraba a mí, estoy bien segura de ello.

—Investigaremos eso, no lo dude —prometió Cox—. Del mismo modo que intentaremos entre el doctor Forbes, como forense de Sherwood Place, y yo, como representante de la ley, descubrir quién mato a lord Kellaway, con qué lo hizo… y por qué. ¿Cree que puede ayudarnos en eso?

—Me temo que no —suspiró Muriel—. El vino aquí como inspector del Gobierno para la Enseñanza. Pensaba visitar *Sherwood Collage*, la residencia de señoritas a la que yo voy destinada, por alguna razón oculta que jamás me reveló. Pero ni siquiera le dieron ocasión de intentarlo.

Abajo, sonó el teléfono del hotel. El dueño del negocio se ausentó, murmurando una disculpa. Cox se quedó haciendo unos apuntes en su agenda, sentado a los pies del lecho de la joven maestra. Ella le contempló fijamente.

—¿De veras cree en el diablo, señorita Ashton? —preguntó el policía de pronto, levantando la cabeza.

Muriel se llevó un leve sobresalto. Tras un respingo, estudió al joven policía y su respuesta fue otra interrogante:

—¿Por qué me pregunta eso? No dije que lo creara…

—He examinado sus cosas mientras se recuperaba de su *shock* —se disculpó el representante de la ley en Sherwood Place—. Debe perdonarme, pero me gusta saber que personas están en mi población…, sobre todo, cuando se ha cometido un crimen tan extraño. Leí ese mensaje anónimo alusivo a su colegio femenino… Le fue enviado desde aquí, ¿lo sabe?

—Sí, lo sé. ¿Y usted? ¿Sabe o sospecha quién pudo hacerlo, puesto que conoce a su comunidad mucho mejor que yo?

—Desgraciadamente, una máquina de escribir y un papel vulgar, dejan pocas pistas —movió la cabeza negadamente—. No, lo siento. No podría ayudarla, aunque quisiera. Pero, evidentemente, alguien quiere evitar que usted vaya al Sherwood College… por su propio bien o por temor a que descubra algo que no interesa que sea conocido.

—¿Cree que esto tiene algo que ver con mi colegio, señor Cox?

—¿No vino a Nottingham el señor Kellaway para inspeccionar ese establecimiento? La cosa resulta muy sospechosa… tras haber leído ese mensaje anónimo. Además, ¿recuerda que yo mencioné antes una denuncia por satanismo, que me hizo revisar los volúmenes de nuestra Biblioteca Pública, para ilustrarme un poco al efecto?

—Sí, lo recuerdo muy bien. Por eso reconoció la imagen de Scheva, la mujer-demonio…

—Exacto. Pues todo eso se relaciona con su colegio también…

Se da la circunstancia de que la denunciante que me habló de casos de satanismos en este pueblo fue… Hazel Oxley, la más inteligente y bella alumna de ese colegio al que usted va destinada…

—¿Hazel Oxley?

—Exactamente. Una bonita muchacha de veinte años que está allí internada… Tenía que volver a verme ayer, para puntualizar la denuncia con algunos datos concretos, pero no se presentó. Telefoneé al colegio, y supe, por voz de la propia *lady* Eunice de Wolf, su directora, que Hazel Oxley cumple castigo disciplinario por motivos que no me fueron dados… y que está dispuesta a retirar oficialmente su denuncia en cuanto salga del colegio… Muriel se quedó callada, mirando con preocupación y sorpresa al policía. Éste giró la cabeza, cuando el hotelero, muy pálido, le informó desde el umbral:

—Es una llamada de urgencia para usted, Cox… Parece ser que Clifford Harvey, el asesino, ha escapado de la penitenciaria anoche mismo… y se supone que ronda por esta región.

—¡Harvey, evadido! —se mostró horrorizado el gesto de Cox.

—Sí. Parece ser que va armado con un machete o algo parecido… y está como loco. Es un auténtico peligro para todos nosotros. Puede volver a matar en cualquier momento…

—Si no lo ha hecho ya, en la persona de lord Kellaway —resopló Edwin Cox, saliendo precipitadamente de la alcoba de Muriel Ashton, para atender el teléfono.

Muriel y el hotelero se quedaron solos. Ella le miró muy fijo, como sorprendida del nuevo sesgo que tomaban los acontecimientos en aquellos instantes.

—¿Quién es, exactamente, Clifford Harvey?

—Su nombre apareció en todos los periódicos del país hace cosa de un par de años —comentó el dueño del establecimiento con gesto sombrío—. Cometió más de una docena de crímenes sangrientos, aunque apenas si se le pudieron probar tres o cuatro ante el tribunal. Hubiera podido ser condenado a muerte, pero le salvó la posibilidad de que estuviera mentalmente enfermo, ya que él se creía dominado por un poder oculto que le inducía a cometer esos horrores, y así lo repetía siempre, hasta que los psiquiatras resolvieron su confinamiento en el hospital de la penitenciaría, para su examen a lo largo de algún tiempo. Ahora ha escapado de allí, y

no habrá nadie seguro en la región, en tanto no sea capturado nuevamente.

—¿Cree que él pudo entrar aquí, matar a lord Kellaway, dibujar esa figura con sangre, y luego desaparecer sin ser visto ni dejar rastro? —dudó Muriel.

—No podría asegurarlo, señorita, pero… cabe en lo posible. Después de todo… ese poder oculto que Harvey juraba y perjuraba que se había adueñado de él convirtiéndole en ejecutor de sus siniestras órdenes… no era otro que el propio Satanás…

* * *

—Bien venida a Sherwood College, señorita Ashton…

Una mano fría y serena apretó la suya. Unos labios también fríos y severos, depositaron dos besos corteses, faltos de calor, en sus mejillas. Luego, *lady* Eunice de Wolf se quedó mirándola largamente.

—Perdone si no pude venir antes, *lady* Eunice —se disculpó con graciosa cortesía Muriel Ashton—. Anoche, las carreteras estaban impracticables por un corrimiento de tierras. Y hoy he tenido que permanecer varias horas en Sherwood Place, reponiéndome de una tremenda impresión sufrida anoche mismo en el hotel Las Armas de Sherwood Forrest.

—Me lo han notificado por teléfono no hace mucho —asintió glacialmente la severa dama—. El agente Cox me llamó para informarme. Pobre lord Kellaway… Tenía anunciada su visita para hoy, como inspector de Enseñanza del Gobierno… Ha sido un suceso horrible. Dicen que se teme que muchas personas más corran peligro. Un asesino anda suelto…

—Sí, un asesino llamado Harvey —afirmó Muriel, ambigua—. Esperemos que sea el único…

Lady Eunice pareció sobresaltarse. La miró de soslayo, como quien se dispone a replicar vivamente algo. Pero no lo hizo. En vez de eso, se mantuvo silenciosa. Y la invitó, poco después, con su fría cortesía habitual:

—Venga, señorita Ashton. Le mostraré su alojamiento. Luego le presentaré a sus alumnas…

La dama era alta, muy alta. Esbelta, vestida sobriamente de negro, con cuello cerrado, un collar de perlas, quizá auténticas,

encajes en mangas y cuello, y un alfiler de oro y rubíes sobre su pecho. Las manos eran largas, marfileñas y de uñas afiladas, muy cuidadas. El cabello oscuro, peinado hacia arriba, sobriamente dejaba ver la amplia frente sin apenas surcos, las cejas finas y arqueadas, sobre unos ojos verde oscuros, graves y profundos. Tenía una nariz recta, clásica, sobre la boca bien dibujada, delgada de labios para resultar sensual.

El internado no era en absoluto sombrío o triste, como llegara a pensar Muriel previamente acaso impresionada por la aureola de extraños influjos que parecían pesar sobre Sherwood College, especialmente en aquellos últimos días. La edificación era amplia, de grandes ventanales, muros de ladrillos rojos, tejado de pizarra gris, dos plantas y unos bajos, y unos amplios jardines en torno, con un edificio anexo, para garaje y almacenamiento de herramientas de jardinería. Al final del jardín, junto al muro de ladrillos que delimitaba la propiedad, en su parte posterior, se veía un viejo pabellón en desuso, abandonado y medio derruido en forma de cenador circular, con muros encristalados, muchos de cuyos vidrios polvorientos aparecían destrozados o agrietados, dejando ver su oscuro interior abandonado.

Las estancias y corredores eran también de considerable amplitud, cuidada decoración, de papeles pintados, lámparas con pantallas de vidrio salpicadas de dibujos propios de la época, y mobiliario muy sobrio pero limpio, sobre el fondo de cortinajes con predominio de tonos malva y lila, cosa que, a fin de cuentas, estaba de moda en la década de los años veinte.

Poco después, conocía Muriel a las jóvenes internas del instituto femenino de enseñanza. Eran todas muchachas de buena familia, ya que el precio de matriculación y estancia en el colegio era bastante elevado para aquella época de incipientes crisis económicas en la sociedad europea y americana. La joven maestra contó hasta una docena ele alumnas internas, a toda pensión durante el curso, que abarcaba la enseñanza normal, más labores de hogar, música, canto, danza y cuanto pudiera convenir a una jovencita inglesa de la mejor familia.

De las doce muchachas presentadas, destacaron poderosamente tres, a juicio de Muriel. Y, sin duda, también a criterio de *lady* Eunice, ya que manifestó al observar su interés por ellas:

—Veo que es usted una joven muy observadora. Si, señorita Ashton. Además de compañeras de habitación, Vanessa Welsh, Judy Keys y Hazel Oxley, son nuestras mejores alumnas. Ocupan los tres primeros puestos en el curso…

Muriel observó a las tres con renovado interés. Especialmente, al escuchar un nombre que, poco antes, en el bullicio de las presentaciones, no captara muy bien: Hazel Oxley…

Recordó las palabras de Cox, el policía de Sherwood Place: Hazel Oxley había presentado denuncia por satanismo, contra alguien del pueblo, sin concretar más. Luego, cuando tenía que confirmar oficialmente su denuncia y dar los datos pertinentes… la señorita De Wolf había anunciado que cumplía castigo disciplinario… y retiraba su denuncia absoluta y totalmente.

Hazel Oxley no parecía una chiquilla. Ni una irresponsable. Tampoco una bromista, pensó Muriel. Tema cabellos rubio oscuros, ojos azul intenso, rostro pensativo, casi taciturno, y una expresión entre ensoñadora y amarga. La boca carnosa, tenía un rictus cansado, a pesar de que no tendría más de dieciocho o diecinueve años…

Vanessa Welsh, en cambio, morena y pizpireta, parecía un torbellino, siempre riendo y mofándose de las demás, llena de vitalidad y de energía física en su cuerpo rellenito, muy generoso de curvas. Judy Keys, por contraste, era delgada, pelirroja y bastante pecosa, aunque resultaba simpática, cordial y sin duda alguna muy estudiosa y culta, dada su forma de hablar.

Tras las presentaciones obligadas, *lady* Eunice de Wolf condujo a su nueva maestra a la planta alta del edificio. Por la escalera, amplia y alfombrada, iba explicando algunos detalles interiores del establecimiento:

—Las comidas son exactamente a las doce, y la cena a las ocho. El té se sirve puntualmente a las cinco, y las clases se dividen en dos partes: una puramente cultural, la de las mañanas, entre ocho y doce menos cuarto, con un intervalo de diez minutos para relajarse. Por las tardes, de dos a cinco menos cuarto, se realizan las clases de hogar, danza y música. Tras la cena, se puede escuchar la radio o el fonógrafo, y también elegir la lectura o un juego cualquiera, hasta las once como máximo, hora en que forzosamente cebe recogerse todo el mundo en el edificio.

—¿Todos? —Puntualizó Muriel—. ¿Incluso el personal docente?

—Exacto. Incluido el personal docente —confirmó con sequedad *lady* Eunice—. Las señoritas Susan Grant y Valerie Baker, cuidarán con usted de la enseñanza y la disciplina de este centro educativo. Espero que todo vaya bien.

—Yo también… ¿Ningún hombre en la casa?

—Uno solamente —*lady* Eunice la miró fríamente—. James Grayson, nuestro administrador y encargado general. Él cuida de los aspectos administrativos, del aprovisionamiento del colegio en todos sus órdenes, y de cuanta materia no docente afecte al establecimiento. Pero quítese ilusiones, señorita Ashton. El señor Grayson tiene ya cincuenta y dos años…

—Comprendo —sonrió Muriel—. De todos modos, no me hacía ilusiones. De otro modo, no habría aceptado un trabajo en una residencia para señoritas en Nottingham…

Habían llegado ante una puerta en el último piso de la casa. *Lady* Eunice abrió con gesto casi solemne. Giró el conmutador de la luz. Una pantalla rosada extendió claridad suave por una habitación amplia, bien cuidada y amueblada, con un gran ventanal al jardín. La tarde era aún luminosa, de modo que Muriel, al entrar, cerró la luz eléctrica. Contempló todo con cierto alivio. Era mucho mejor y más alegre de cuanto imaginara antes.

—Excelente —aprobó, acercándose al lecho—. Creo que voy a encontrarme muy bien aquí…

Se sentó en el borde del lecho, palmeando jovialmente la almohada, bordada con las iniciales «S. C.», del Sherwood College. Iba a tenderse en la cama, para probar casi infantilmente su confortable blandura, cuando el reptil brotó de entre las pulcras sábanas y se precipitó sobre ella, sibilante y amenazador.

Muriel lanzó un agudo grito de terror al ver a la serpiente encima de ella…

CAPÍTULO IV

UN ROSTRO PARA EL TERROR

Por un momento interminable, el ofidio pareció a punto de inocular su veneno mortal a la joven. El cuerpo viscoso, agresivo, rozó con una caricia helada y pegajosa la piel de la muchacha, en su brazo y en su cuello, casi junto al mismo rostro.

El alarido de Muriel estremeció a *lady* Eunice, que contempló con vivo gesto de horror la escena. De haber sido realmente mortal el reptil, Muriel no hubiera podido salvar su vida bajo concepto alguno.

Pero el reptil en vez de clavar sus colmillos mortales a Muriel, reveló, al abrir la boca y mostrar su bífida lengua, una carencia total de incisivos. Era un viejo ofidio sin peligro alguno en su ataque rabioso, al sentirse oprimido por la persona que se sentara en el lecho.

Muriel logró, de un manotazo violento, instintivo, apartar de sí al viejo reptil, que se deslizó al suelo, desapareciendo entre los pliegues de una cortina magenta, como si todo aquello le aterrorizara profundamente.

—Dios mío… —jadeó Muriel—. Por un momento pensé…

—No tema —suspiró *lady* Eunice, muy pálida, respirando con fuerza—. Es sólo una vieja culebra sin peligro. Pero el mal es el mismo. Alguien ha querido gastarle una pesada broma como recibimiento… y va a pagarlo caro.

—¿No es posible que ese reptil entrase aquí… por si mismo? —sugirió Muriel, aturdida.

—No, no es posible. Siempre está en los jardines, y se ocupa de deshacernos de pequeñas alimañas nocivas para las plantas. Alguien la puso aquí hoy… y me temo que sé quién fue.

—¿Quién… y por qué motivo?

—El motivo, lo ignoro. No tiene sentido asustar a la nueva maestra con una broma tan pesada y peligrosa. Usted pudo haber sufrido un *shock*, de no ser tan valerosa como ha demostrado serlo. En cuanto a la persona que lo hizo, pronto saldremos de toda duda puede estar segura.

—Esa vieja serpiente… tenía algo raro en su cabeza, justo sobre los ojos… —dijo Muriel, pensativa—. Me dio tiempo a advertirlo…

—¿En su cabeza? No entiendo… —arrugó el ceño, intrigada, *lady* Eunice.

—Era una mancha roja, como un dibujo… ¿Lo ha tenido siempre?

—Nunca le vi ninguna mancha roja en la cabeza. No, no creo que la tenga. Tal vez usted vio mal, en el momento del sobresalto…

—No. No vi mal, *lady* Eunice —rechazó categóricamente Muriel Ashton—. Era una mancha peculiar… como un rostro de mujer. Con cuernos diminutos… Yo diría que era un dibujo de… de Scheva…

—¡Scheva! —El rostro de la dama, súbitamente, palideció. Los ojos de *lady* Eunice rehuyeron con rapidez los de su interlocutora. Parecía realmente agitada.

—Usted…, usted sabe quién es Scheva, ¿verdad? —preguntó suavemente Muriel, sin quitar sus ojos de ella.

—Sí, claro que lo sé —replicó fríamente *lady* Eunice. Apretó los labios, echando a andar hacia la puerta—. Eso me hace confirmar la identidad de la autora de esta broma macabra. Venga conmigo, por favor. Tiene que estar usted presente cuando se le aplique el castigo disciplinario correspondiente. Y esta vez va a ser muy grave…

—¿De veras está tan segura? ¿Quién cree que es la autora?

—Naturalmente, la única que osaría mezclar al diablo en sus cosas… Me refiero a esa inteligente, pero peligrosa muchacha llamada Hazel Oxley…

* * *

—¡No! ¡No pueden castigarme por eso! ¡Juro que yo no lo hice! No puse a la serpiente en esa habitación, ni en ninguna otra.

—Son inútiles tus negativas, Hazel —cortó con frialdad la voz de la directora del centro educativo—. Absolutamente inútiles… porque sé que eres culpable. Solamente tú pudiste hacer eso con la

vieja culebra.

—¡Falso! —gritó Hazel Oxley—. ¡No lo hice! ¡Lo juro, lo juraré mil veces!

—Y siempre será mentira, Hazel. Fuiste tú. Lo sé. Lo sabemos todas. Y vas a pagar por ello. Esta vez, el castigo será severo. Muy severo, Hazel. Lo siento por ti, pero es preciso que escarmientes de una vez por todas.

—Escarmentar, ¿de qué, señora, si no soy culpable? —replicó ella airadamente.

—Lamento no poder creerte. Varias veces has cometido errores de indisciplina. Varias veces has insistido, con enfermiza obstinación, en la existencia del demonio entre nosotros, aquí en Nottingham. Eso te ha creado problemas. Y no contenta con ello, tras el desgraciado asunto de la denuncia al agente Cox, has puesto a ese reptil en la cama de la señorita Ashton, para aterrorizarla. Y, por si ello fuera poco… con un emblema demoníaco pintado groseramente en su piel, según ha testimoniado la propia señorita Ashton: el dibujo tradicional del demonio-hembra Scheva…

Los ojos de Hazel brillaron viva y súbitamente, con un raro destello de sorpresa, de sobresalto… acaso de terror. Pero su voz sonó ronca, ahogada, casi implorante, mirando al mismo tiempo a Muriel Ashton:

—No… Yo no hice eso… Señorita Ashton, usted debe creerme. Presiento que me cree, a pesar de todo… A veces he sido bromista, he cometido errores… Pero nunca, nunca, haría eso con usted. Me parece una persona excelente, digna de respeto y de cariño… ¡No puede creer que yo pusiera a esa serpiente en su alcoba, aun sabiendo que es inofensiva!

—Bueno, Hazel, yo no te conozco aún. En realidad, no conozco a ninguna de vosotras —miró serenamente Muriel a todas las presentes, alineadas y taciturnas, a ambos lados de la joven acusada —. Pero quisiera creer en ti, en tu palabra… Considero que haría falta una prueba más contundente para afirmar así, tajantemente, que eres culpable…

—Señorita Ashton, usted es sólo la nueva maestra —le cortó con aspereza *lady* Eunice—. Eso no le da derecho a juzgar, sino solamente a emitir una opinión. En este establecimiento, en tanto sea yo su directora, solamente yo podré administrar justicia, guste o

no. Y en este caso concreto, las pruebas, a mi juicio, son irrefutables: hábito por las bromas pesadas, espíritu rebelde, sentido macabro de las cosas… y afición por espíritus maléficos y, especialmente, por el diablo.

Hubo un profundo silencio tras esta última mención, lanzada lenta y duramente. Las chicas se miraron inquietas entre sí. Algo así como un hálito de horror y de angustia latente reinó en la amplia sala de la planta baja donde tenía lugar la revisión del caso contra Hazel Oxley.

—El diablo… —suspiró con fatigado acento Muriel—. Empiezo a estar un poco harta de escuchar ese nombre en las últimas horas, desde que llegué a Nottingham. ¿Está usted realmente convencida, *lady* Eunice, de que el diablo tiene algo que ver en las cosas que ocurren en esta ciudad?

—Yo no dije eso, señorita Ashton —cortó secamente la dama—. Y será mejor que no trate de llegar minando la disciplina de mi establecimiento. He resuelto castigar a Hazel Oxley, y voy a hacerlo. Por supuesto, quien esté contra mi decisión, si pertenece al personal docente de Sherwood College, puede abandonarlo en el acto. Y quien esté aquí como alumna, deberá elegir entre callar dócilmente y aceptar las normas… o escribir a sus padres, reclamando abandonar el colegio. ¿Está bien claro esto?

Muriel parecía a punió de replicar. Pero quizá recordó en ese fugaz instante lo difícil que era encontrar trabajo en Londres, lo razonable del sueldo convenido en este empleo, y todo cuanto la actual situación mundial llevaba consigo en el terreno laboral y económico. Por ello calló. Por ello apretó los labios y no dijo nada.

Las alumnas no parecían decididas tampoco a una rebelión en roela. *Lady* Eunice habló con frialdad, encarada a Hazel con un rostro como una máscara inescrutable:

—Hazel Oxley, vas a pasar esta noche a la celda especial de castigo en el anexo.

—¡No! —chilló con terror la muchacha, desorbitando sus ojos y dando unos pasos atrás—. En el anexo, no…

—Está decidido. La celda del sótano será tu encierro. Por esta noche… y todo el día de mañana. No sé aún si seré compasiva contigo y te libraré al atardecer… o deberás cumplir dos noches de arresto allí. Se te pasará comida y agua en su momento. Eso es todo.

—¡No quiero! —chilló Hazel, crispando sus manos entrelazadas, patéticamente—. ¡No puede hacer eso conmigo! ¡No es justo! ¡Esto es un colegio, no un cuartel ni una prisión, aunque usted se empeñe en ello, *lady* Eunice! ¡Usted es una inquisidora, no una directora! ¡Tiene alma de monstruo, no de ser humano! ¡Nadie puede encerrar así a una alumna, sólo por meras sospechas sin fundamento! ¡Esa celda es lóbrega, oscura, húmeda… y en ella se oyen raros sonidos, voces, algo que está muy cerca… y que respira y parece vivo! ¡Acaso un monstruo del averno, puesto por Satanás en el colegio, para condenación nuestra!

—Hazel Oxley, acabas de firmar tu castigo definitivo —señaló glacialmente *lady* Eunice—. Será por esta noche, mañana y toda la noche de mañana. Está decidido. Pasarás inmediatamente a esa celda, quieras o no. De ello se encargarán tus propias compañeras. Por supuesto, si alguna se niega, será castigada a su vez de la debida forma. ¿Qué deciden, señoritas?

Las otras once chicas se miraron entre sí. Muriel, como fascinada, sin poder creer cuanto veía y oía, se limitaba a esperar la decisión colectiva. Entretanto, Hazel chillaba:

—¡Estuve una vez en esa celda, sólo unas pocas horas, y creí enloquecer! ¡Es un lugar maldito, y al otro lado de ese muro húmedo hay «alguien» que jadea, que parece agonizar lentamente, con un estertor horrible…! ¡No quiero, no quiero ir…!

Hubo una corla pausa. Luego, una de las muchachas habló dócilmente:

—Creo que hay que mantener la disciplina… Sí, señora directora. Haremos lo que es de justicia en estos casos. Hazel irá a su celda de castigo…

—¡Nooo! —Gritó ella, horrorizada, mirándolas a todas con pavor—. ¡No podéis ser tan malvadas, tan faltas de sentido de justicia, de dignidad…! ¡Todas estamos siendo manejadas por *lady* Eunice como simples marionetas, como muñecos movidos por sus hilos, no como personas, como simples seres humanos! ¡Ella ha hecho de este establecimiento lo que es ahora! ¡Un recinto maldito, un lugar de castigo, de tormento psíquico, de odio y de temor! ¡Esto, más que un colegio, es una penitenciaría… o un infierno! ¡Él diablo! ¡Sí, *lady* Eunice! ¡El diablo existe, no hay duda! ¡Y el diablo, en esta maldita casa… es USTED misma! ¡Usted, monstruo de

maldad y de odio!

Sus protestas empezaban a ser en vano. No sólo *lady* Eunice estaba contra ella. Ahora, hasta una decena de muchachas, de sus propias compañeras, alumnas como ella del Sherwood College, se mostraban implacables, aferrándola con firmeza, arrastrándola inexorablemente hacia una puerta vidriera situada al fondo, directamente frente al jardín del recinto colegial.

Los gritos de Hazel se perdieron en el exterior. Se quedaron solas tres mujeres en la sala: *lady* Eunice, majestuosa, fría e inexorable, como centro de todo. A su lado, Muriel Ashton, sobrecogida, callada, inmóvil. Frente a ellas, una sola alumna, que no había seguido a las demás, que no tocó ni un momento a Hazel para obligarla a cumplir su castigo: la morena, alegre y pizpireta Vanessa Welsh.

Los ojos de *lady* Eunice de Wolf se clavaron en ella heladamente. La voz de la directora sonó inexpresiva, acusadora casi:

—Señorita Welsh, ¿por qué no colaboró con sus compañeras, como establecen los reglamentos internos del colegio, en conducir a Hazel Oxley a su celda de castigo?

—Lo siento, señora —habló Vanessa con tono apagado—. Sobraba con las demás. No creí necesaria mi intervención. Tampoco estoy de acuerdo con su sistema de justicia. Y, ciertamente, puede estar segura de algo: mañana enviaré un telegrama a mi familia. Deseo abandonar este abominable colegio cuanto antes. Si estas palabras merecen un procedimiento disciplinario, estoy dispuesta a afrontarlo. Difícilmente será peor que la suerte a que su intransigencia condena a Hazel, durante más de veinticuatro horas. Sólo que yo no suplicaré ni protestaré. Haga conmigo lo que quiera, *lady* Eunice.

Siguió un silencio tenso. Era un desafío claro y abierto. Para Muriel Ashton, ciertamente, la labor en Sherwood College no podía empezar en más difíciles circunstancias. Pese a todo, la directora del centro mantuvo su firmeza. Y también cierta diplomacia, dado el nuevo cariz violento de la cuestión.

—Señorita Welsh, será mejor que envíe ese telegrama a su familia —expuso heladamente—. Y que deje nuestro establecimiento lo antes posible. Sólo así se explica que no proceda contra usted disciplinariamente. Pero, desde luego, renuncio a

tenerla desde ahora conmigo. Cosa que, desgraciadamente, no puede ser nunca el caso de Hazel Oxley. Por eso debo actuar de diferente modo con ella que con usted… Ahora, le ruego que salga, por favor. Y retírese a sus habitaciones hasta la hora de la cena.

Altivamente, en silencio, Vanessa Welsh siguió las órdenes recibidas. La puerta vidriera, de cristales esmerilados, con motivos de flores y ramajes, que servía de separación al salón con la escalera de acceso a las plantas altas, se cerró suave, pero sordamente tras ella.

Lady Eunice se volvió despacio hacia Muriel. Se miraron ambas mujeres. La directora trató de contemporizar con cierta cordialidad:

—Verá que no es fácil dirigir esto. Lamento que haya tenido que vivir dos incidentes tan desagradables, señorita Ashton. Y confío en que ello no influya negativamente en usted, haciéndola sentirse predispuesta respecto a mi establecimiento…

—Señora, es difícil ganar hoy día un sueldo dando clases —fue la helada replica de Muriel—. Pasamos días malos en el mundo, usted lo sabe. Por eso acepté este trabajo. Y por eso me quedo, después de lo que he visto. No me pida opinión ni espere que apruebe o condene su comportamiento. Está al margen de mis obligaciones de maestra, supongo…

—Supone bien —de repente, un muro de hielo inquebrantable se alzó entre ambas mujeres—. Me gusta su sinceridad. Y su buen juicio, señorita Ashton. Sólo que comete un error: no se deje impresionar por las palabras y actitudes de muchachas como Hazel o como Vanessa… A veces, resulta muy engañoso todo eso…

—No emitiré opinión alguna, ya se lo dije. Por cierto…, ¿qué diferencia existe entre Hazel y Vanessa, para que la primera no pueda ser expulsada del colegio, en vez de… castigada?

—Una muy simple, señorita Ashton —fue la dura respuesta de la directora—. Hazel Oxley es una joven carente de toda familia. Está sola en el mundo. Pero tiene fortuna propia. Y muy pocos años y menos juicio para administrarla. Por expreso deseo de su padre…, yo soy su tutora y responsable legal, hasta que cumpla los veintiún años. ¿Va comprendiendo ahora?

—Sí… —Muriel miró fijamente a *lady* Eunice. Luego, tras un silencio, añadió con voz apagada, encaminándose al jardín—. De todos modos, empiezo a pensar que, para usted y para su colegio,

lady Eunice… ha sido una gran suerte que lord Kellaway haya muerto sin llegar a iniciar su inspección…

* * *

Otra vez la lluvia.

Torrencial como la noche anterior, insistente, casi obsesiva.

Muriel clavó sus ojos en: las vidrieras del comedor, tras cuyas cortinas malva y los vidrios empañados por la diferencia de clima con el exterior, corrían raudales, de agua, tamborileando de forma monocorde, irritante, en ventanas, muros, tejados, arbustos y ramajes del jardín…

Once muchachas cenaban en silencio. Sólo se escuchaba, mezclado con el ruido del aguacero, los sonidos de cubiertos y vajillas, sobre el impecable mantel blanco, de lino bordado. A la cabeza de la mesa, *lady* Eunice de Wolf. Al otro extremo, ella, Muriel, flanqueada por la canosa, estirada y solemne Susan Grant, y la morena, cejijunta y sombría Valerie Baker, las dos maestras con quienes compartiría la labor docente del centro. Dos mujeres que le llevaban, cuando menos, tantos años como ella contaba.

Por fin había conocido a James Grayson, encargado y administrador del colegio. No cenaba con ellas, porque allí todo parecía ser estrictamente femenino en la mesa, pero acababa de presentarse a ella, y ahora esperaba en el corredor, para charlar con *lady* Eunice de asuntos administrativos. Era un hombretón alto, fornido, moreno y vestido de oscuro, de facciones rudas y gesto poco amistoso, pese a su pretendida sonrisa cordial y amplia.

No encontró tampoco en él a un posible amigo. Eso parecía ir cerrando el cerco de hostilidad en Sherwood College. Desde luego, tampoco sus colegas de enseñanza parecían demasiado amistosas con una maestra joven, moderna e independiente. Quizá todo ello estaba contribuyendo a hacer asfixiante el clima del colegio para Muriel, después de su choque con *lady* Eunice. Si no fuera por aquel sueldo que tanto necesitaba, después de una mala época que no quería volver a pasar por nada del mundo…

Le interrumpió en sus meditaciones el campanilleo en la puerta del edificio. *Lady* Eunice se irguió con cierto sobresalto. Cambió una mirada con sus dos veteranas profesoras, y finalmente con Muriel.

—No esperaba a nadie —dijo—. ¿Quién puede ser a estas horas,

y con semejante aguacero?

Nadie en la mesa se había movido. Las muchachas se miraban unas a otras, en la doble línea que formaban a lo largo del comedor, separadas por mantel, vajillas y alimentos. La cena era frugal, pero apetitosa. No era ése uno de los fallos del colegio Pero había otros peores. Con aquella noche. Muriel no podía dejar de pensar en una muchacha llamada Hazel…

—Perdone, *lady* Eunice —habló Grayson, apareciendo en la puerta del comedor—. Un caballero pide albergue momentáneo en el edificio, en tanto amaina la lluvia…

—¿Un caballero? —*Lady* Eunice se irguió, enarcando sus cejas agresivamente. Miró a las muchachas que, a ambos lados de la mesa, empezaban a cuchichear entre sí, riendo por la presencia de un hombre en la casa—. Por favor, señoritas, silencio. Compórtense debidamente, con la dignidad propia de unas damas. Si un caballero pide refugio, le será concedido… ¿Quién es él, Grayson?

—Lo ignoro, señora —confesó el administrador—. Lo cierto es que es joven y… bueno, un joven alto, bien parecido y bien vestido… a pesar de que viene empapado.

—¿No lleva coche?

—No. Sin embargo, parece que no es porque no pueda tenerlo, sino porque quizá le sorprendió la lluvia en descampado y…

—Está bien —*lady* Eunice se irguió, solemne, autoritaria. Miró con fijeza a las muchachas—. Quédense todas en la mesa. Veré a ese caballero… personalmente. ¿Alguien desea acompañarme si ha terminado de cenar? Me refiera a ustedes, las profesoras, por supuesto…

Las dos damas de edad rechazaron hipócritamente la invitación. Muriel se apresuró a ponerse en pie, limpiando sus labios con la servilleta de hilo, levemente. Era un modo de salir de aquella tensión, acaso de olvidar por unos momentos a la pobre muchacha encerrada en una celda sombría, en un sótano, como un delincuente peligroso.

—Yo iré, si no le importa —se ofreció—. Ya terminé de cenar. No me apetece la fruta…

—Muy bien, señorita Ashton —*lady* Eunice la contemplo con frialdad—. Puede acompañarme, por supuesto. Veremos a ese caballero… cosa que sin duda satisfará más a usted que a mí…

Era un modo algo malévolo de insinuarle su posible interés por los hombres jóvenes, pero Muriel no estaba dispuesta a mostrarse sensible a los dardos de *lady* Eunice. Se limitó a seguirla, con mirada indiferente y ademanes altivos. Ambas salieron del comedor, dejando tras sí un rosario de murmullos y comentarios en voz baja.

En el vestíbulo, un hombre joven esperaba, dando vueltas entre sus manos a un sombrero empapado de agua. Al verlas aparecer, se inclinó, ceremonioso, con cierto aire de disculpa.

—Ruego me perdonen, señoras —manifestó con voz grave y educada—. Soy su vecino, Stuart Jeffries, el nuevo propietario de Jeffries Manor…

—¿Cómo? —Saltó *lady* Eunice vivamente, con gesto de sorpresa —. ¿El heredero de Bernard Jeffries, tal vez?

—El mismo, señora —asintió risueñamente el joven—. Llegué anoche a esta ciudad, y hoy he asistido a los funerales por mi tío. Esta tarde salí a pasear por mis propiedades… y me extravié con el horrible aguacero que se ha desencadenado después. ¿Es que en Nottingham se pasa todo el año lloviendo?

—A veces, tarda medio año en caer una sola gota de agua —sonrió *lady* Eunice—. Luego, de repente, ocurren cosas como ésta… Bien, señor Jeffries. Yo soy Eunice de Wolf, directora de este colegio femenino. La señorita es Muriel Ashton, de Londres, llegada también, anoche, en el tren nocturno, para incorporarse a nuestro cuadro docente…

—Cielos, fuimos compañeros sin saberlo, señorita Ashton —rió Jeffries, tendiendo su mano cordial a la muchacha—. ¿Se asustó mucho con aquel rayo que nos cayó encima?

—No demasiado —rió Muriel—. Pero pasé un mal rato en principio…

—También yo, aunque las tormentas no me asustan… Bien, temo haberles molestado en vano. Creo que debí seguir hacia el norte para hallar mi casa…

—Hubiera cometido un grave error —rió ahora entre dientes *lady* Eunice, burlona—. Su finca está justamente al sudoeste de aquí, señor Jeffries.

—¿De veras? Oh, qué cabeza la mía… —resopló el joven—. Debí perder el sentido de orientación en la oscuridad, bajo ese diluvio…

Además, lo cierto es que no soy miedoso, pero el diablo siempre me ha inquietado un poco…

Muriel se agitó ostensiblemente. *Lady* Eunice se irguió, rígida como si de repente se hubiera tragado un sable. Fue la joven maestra quien respondió vivamente:

—¿El diablo? ¿Por qué dijo eso?…

—Oh, no me hagan caso. —Jeffries soltó una ronca carcajada—. Lo cierto es que esas cosas suenan siempre a ridículo, pero…, pero ¿saben lo que dice mi criada, Angela Eaton? Que mi tío Bernard murió… a manos del diablo, en persona. ¿Creen que eso tiene algún sentido?

Muriel y *lady* Eunice cambiaron una repentina mirada instintiva. Ninguna de las dos habló por el momento. Luego, tras una corta pausa, fue *lady* Eunice quien dio una respuesta vacilante:

—Morir a manos del diablo… Señor Jeffries, a todos nos consta en Nottingham que Bernard Jeffries murió de un ataque cardiaco… ¿Qué hay de diabólico en eso?

—No lo sé, señora. Pero el doctor Forbes, como forense, dictaminó que mi tío halló una muerte muy distinta… Estaba en trance cuando murió, como si le hubieran hipnotizado. De ahí la apariencia de colapso al examinarle superficialmente… Pero de cualquier modo, lo que le mató no fue un ataque cardíaco, sino… una larga aguja candente, hincada en su pecho hasta atravesarle el corazón… Una aguja que dejó, sobre la piel de mi tío, algo así como un tatuaje o dibujo entre la epidermis y la dermis… Un dibujo representando a una cara de mujer… con pequeños cuernos…

—¡Scheva, la demonio-hembra! —gritó agudamente Muriel, repentinamente lívida.

Jeffries la contempló sorprendido. Luego, pareció arrepentido de cuanto dijera:

—Bueno, todo eso son tonterías, señoras… Lamento haberles mencionado el asunto… Lo único cierto es que sólo quería guarecerme aquí del temporal, hasta que amaine… si no les importa…

Antes de que respondiera *lady* Eunice, ocurrió algo sorprendente, que pareció helar la sangre en las venas del joven Jeffries y de la directora del colegio femenino.

Muriel exhaló un largo y estremecido alarido de terror. Al

mismo tiempo, señaló hacia la puerta vidriera de acceso al edificio, y sus palabras sonaron rotas, como agitadas por un repentino miedo a algo que no era de este mundo.

—¡Dios mío, miren! —chilló la joven maestra, despavorida—. ¡Miren! ¡Miren ahí! ¡AHÍ! ¡Es ésa…! ¡Es ésa su cara! ¡El rostro endemoniado de anoche! ¡El mismo rostro de la ventana, el que flotaba en la noche, cuando acababan de asesinar a lord Kellaway…!

Ambos, incrédulos, pero sobrecogidos, giraron la cabeza. Miraron hacia la vidriera salpicada de agua de lluvia…

Y lo vieron.

Vieron el mismo espantoso rostro deforme y demoníaco que Muriel viera la noche antes, en la ventana del hotel de Sherwood Place.

CAPÍTULO V

ALGO SUCEDE EN NOTTINGHAM

Stuart Jeffries, por unos momentos, se creyó sumergido en un mundo de pesadilla, donde era posible ver a los seres infernales cobrando vida ante sus propios ojos.

Luego…

Luego, de la misma forma brusca que las cosas parecieran sobrenaturales y estremecedoras, volvieron a tornarse normales, incluso lógicas…

Todo comenzó para el aterrorizado trío, con el simple chasquido de la puerta del colegio al abrirse, y una voz viril, potente, que hablaba, no lejos de la figura de rostro delirante, convulso y horrible, con tono firme, autoritario, casi dominante:

—Con permiso, señoras… ¿Puedo entrar? Necesito hablar con usted, *lady* Eunice. Y hablar claro, lo antes posible…

El hombre que penetró en el colegio era alto, recio, muy vigoroso, de ancha faz rojiza, cabellos entre rubios y canosos, revueltos como la melena de un león, mentón cuadrado y ojos centelleantes y coléricos. Sus manos parecían capaces de triturar una pieza de granito a poco que se lo propusiera.

Vestía elegantemente bajo su impermeable costoso, color gris, y afuera, bajo la lluvia, Jeffries distinguió borrosamente la forma de un largo «Studebaker» blanco, último modelo, con los neumáticos también blancos, tal y como en los últimos meses había salido la moda de los coches tipo «Sedán» en Norteamérica.

—Por Dios, señor Cuthberston, logró usted asustarnos a todos… —se quejó la directora del Sherwood College con tono glacial.

—No sea hipócrita, señora, y diga que la fealdad de mi pobre hija es la que asustó a esa señorita, al asomarse a la puerta… —El

hombre, como dolido, pero dominado también por una ira evidente, se encaró con la perpleja y desorientada Muriel, que del pánico anterior había pagado a un estado de aturdimiento muy lógico, dadas las circunstancias—. No sé quién sea usted, señorita, aunque me han hablado de una nueva profesora llegada de Londres. Si es así, lo mejor que podría hacer es marcharse de esta maldita casa. Nada bueno puede salir de ella. *Lady* Eunice de Wolf es una mujer cruel, clasista, discriminatoria y nada humanitaria, para quien sus alumnas, empezando por su propia tutelada, Hazel Oxley, son sólo objetos, seres a quienes se deben manejar igual que marionetas de un guignol monstruoso.

—Señor Cuthberston, sus palabras son altamente ofensivas para mi, y también para mi centro de enseñanza. Estas dos personas serán testigos de cuanto usted dice, apenas presente mi querella contra usted, por difamación e injurias. Todo su poder local, su dinero, su condición de rico terrateniente, de político importante en Nottingham, de cacique, en una palabra, va a tener poca influencia sobre los jueces, cuando le acusen de calumnias. Éstos no son tiempos de la Edad Media, señor Cuthberston, ni usted es ya el señor feudal que fueron sus antepasados. Por ello le ruego que se marche de aquí inmediatamente, si no quiere que llame a la policía para que le expulse.

—Llame usted a quien quiera, *lady* Eunice —replicó él acremente—. Queréllese contra mí. No me importa. Lo que me hiere y subleva es que mi hija, por la sola razón de su accidente, que desfiguró sus facciones, no pueda demostrar su inteligencia ni dar salida a su sensibilidad de mujer, de muchacha ávida de saber, de aprender, porque usted se niega rotundamente a admitirla como alumna… ¡sólo porque es fea y a usted le causa horror la imperfección física, como si eso tuviera alguna importancia decisiva en el ser humano!

Muriel y el joven Jeffries cambiaron una mirada rápida. Sus ojos, luego, se centraron en la figura tímida, lenta, que se movía hacia ellos desde la puerta, con paso lento, medroso casi… El rostro desfigurado, tirante de un lado, con la boca torcida, el ojo deforme en sus abrasados párpados… Por un momento, el sutil horror volvió a agitar a Muriel. Tal vez no fuese el mismo rostro demoníaco y verdoso que captara tras la ventana del hotel, pero se parecía tanto,

en su terrible fealdad…

Sin embargo, interiormente, sintió una pena profunda por aquella muchacha, una compasión rayana en el dolor. Captó la humedad cristalizada en sus ojos. Estaba llorando en silencio.

—Señor Cuthberston —decía *lady* Eunice en esos momentos—. Su hija no debería estar presente en esta discusión. Creo que, como directora y propietaria de este colegio, tengo perfecto derecho a escoger a mis alumnas.

Y dejemos de lado las razones para ello. Son siempre de orden interno y no deben discutirse con los visitantes.

—*Lady* Eunice, a usted sólo le preocupa la deformidad física, no la mental, la psíquica… —acusó Cuthberston duramente—. Quizá porque su propia mente está enferma. Quizá porque su cerebro es tan retorcido que sólo admite al tarado mental, no a quien sufrió una deformidad física desgraciada.

—Ya basta. No discutiré más este asunto con usted. Hay otros colegios a donde ir. ¿Por qué no lo hace, señor Cuthberston, con todo su poder, su dinero y su influencia? —Y airada, fríamente hostil, abandonó el vestíbulo, desapareciendo por una de las puertas vidrieras de acceso al interior de la casa.

Hubo un difícil, tenso silencio en el vestíbulo del Sherwood College. Muriel se aproximó lentamente a la muchacha joven, vestida de blanco bajo un blanco impermeable de lujo, con un gracioso gorrito de hule igualmente blanco sobre sus cabellos castaños, lacios, enmarcando aquel rostro joven, de auténtica pesadilla, donde el fuego de algún siniestro accidente había dejado su huella terrible y devastadora.

Jeffries observó el instintivo temor de la muchacha deforme, pretendiendo eludir a Muriel Ashton. Pero la joven maestra le sonrió, tendió sus brazos, tomando a la muchacha por los suyos, y la retuvo, ganándose lentamente su confianza. Por la cara desfigurada, corrieron dos gruesas lágrimas. Un sollozo escapó de labios de la hija de Cuthberston.

Ésta se quedó mirando a las dos mujeres, con cierta sorpresa patética. Luego, giró la cabeza hacia Jeffries. El joven trató de animarle con una leve sombra de sonrisa que no borró del todo su expresión grave y pensativa.

—Es la primera vez que encuentro a alguien realmente humano

en esta horrible casa —se lamentó la Cuthberston roncamente—. Esa joven no debería quedarse aquí. Le harán la vida imposible entre la directora y las alumnas… Todas están endemoniadas.

—¿Endemoniadas? —Enarcó las cejas Jeffries, sorprendido.

—O poco menos —resopló el millonario—. Se hablan muchas cosas raras de este colegio, desde que desaparecieron de él varias muchachas, cuyo regreso a sus lugares de origen nunca quedó muy claro, ya que sus familias jamás volvieron a verlas. Oficialmente, se dijo que habían desaparecido en el viaje, víctimas de algún sádico criminal, pero yo no creo esa historia, ni mucho menos.

—¿Qué cree, entonces? —se interesó Jeffries, amigando su ceño.

—Lo que otros piensan. Esas chicas jamás salieron de aquí. Lo mismo que el jardinero, Dennis Bligh.

—¿El jardinero?

—Era un tipo guapo y arrogante. Traía locas a las mujeres de Nottingham… incluido la muy puritana y respetable señora De Wolf. Un día desapareció de súbito. *Lady* Eunice dijo que se había despedido, partiendo hacia Gales. Cierto que Bligh era galés, pero me cuesta creer esa historia, sabiendo que dejó embarazada a una joven alumna… quien perdió su hijo, no sé aún de qué modo, ni mucho menos.

—¿Una alumna de este colegio?

—Sí. Pero eso tampoco pudo probarse a satisfacción de la ley —rezongó Cuthberston—. Y así siguen las cosas en Sherwood Place… Siempre oscuras, siempre inciertas… Esa chica, la que tuvo relaciones íntimas con el jardinero Bligh… aún sigue en este colegio. Se llama Judy Keys…

Muriel había escuchado esto último. Giró la cabeza, sorprendida. Sus ojos volvieron a encontrarse con los del joven Stuart Jeffries que, cambiando de tema, preguntó con cierta brusquedad a Cuthberston:

—*Lady* Eunice dijo antes algo lógico, pese a todo… ¿Por qué no busca otro colegio, señor Cuthberston, para su hija?

Él respondió gravemente, bajando pesaroso su cabeza:

—Mi hija Marion no puede alejarse mucho de mí. Siente un terror instintivo a abandonar esta región, la vecindad de su casa. Ese miedo le viene de su primer viaje fuera de Nottingham… que es cuando sufrió el accidente de carretera en que se desfiguró, dentro

de un automóvil incendiado… Y aquí, señor… éste es el único colegio de señoritas que existe…

—Comprendo —suspiró Jeffries—. Comprendo lo que siente. Y lo que sentirá su hija…

Muriel estaba abrazando ahora, sin ningún reparo, a la infortunada muchacha. La hija del millonario, descendiente de señores feudales de Sherwood, estaba llorando desesperada y amargamente.

Cuthberston, lívido de ira y de dolor, sólo atinó a murmurar entre dientes, persignándose:

—Vamos pronto, hija… Esta casa está endemoniada, como sus habitantes. Usted, señorita… —Miró a Muriel casi con ternura—. Usted…, abandone esto lo antes posible. Antes de que sea demasiado tarde… y el diablo se adueñe también de su alma y de su mente…

* * *

—El diablo… Siempre el diablo en boca de todos, señor Jeffries. ¿Usted lo entiende?

—No. Pero me sucede lo mismo. Aquí, todo se justifica echando las culpas a Satanás. Incluso la muerte de mi tío… fue obra de los poderes diabólicos, según la gente… e incluso según el veredicto del forense. ¿Se imagina algo más chocante, señorita Ashton?

Stuart Jeffries sonreía al hablar de ello, como quitándole importancia a las cosas de aspecto demoníaco que pretendía ver la gente de Sherwood por doquier. Pero el gesto de Muriel era hondamente preocupado ahora, mientras charlaba con el joven heredero de Jeffries Manor, en la calle principal de Sherwood Place, el villorrio cercano a la escuela de *lady* Eunice, las tierras de los Jeffries… y también las vastas propiedades de Roger Cuthberston, el hombre más rico de todo Nottingham.

Se habían encontrado casualmente, mientras Muriel hacía unas compras aquella mañana, y Stuart resolvía unos últimos papeleos de su herencia, en casa del notario local. Ya no llovía, incluso estaban abriéndose las nubes, dejando caer un tímido sol sobre las casas tradicionalmente británicas de Sherwood, abundantes en rojos ladrillos, muros con vigas de madera, miradores encristalados y enredaderas de un verde intenso, reptando hasta los tejados de

pizarra.

Ahora, paseaban juntos, calle abajo, seguidos por las curiosas miradas de las comadres del lugar. Ambos parecían especialmente preocupados por una misma causa: el diablo.

—¿Cree usted en el diablo, señor Jeffries? —indagó de repente Muriel.

—Sí, creo en Dios, tengo que creer en él —sonrió Stuart, mirándola.

—No me refería exactamente a eso. Quiero decir: ¿cree usted que el diablo se preocuparía tanto por la gente de Sherwood Place?

—El diablo se preocupa siempre por la gente entre la que posee terreno abonado para su actividad, imagino.

—Pero…, pero es demasiado. Todo el mundo había de lo mismo. A veces, es muy cómodo echar la culpa de todo al diablo. Especialmente, si alguien tiene la responsabilidad de algo…

—¿A qué se refiere?

—A todo. Y a nada en concreto, señor Jeffries. Yo…

—Por favor, no vuelva a llamarme así. Me hace sentir terriblemente viejo —rió él—. Mi nombre es Stuart, y me gusta bastante.

—Bien, Stuart. Recuerde entonces que el mío es Muriel.

—No lo olvidaré. Adelante. ¿Qué quiso decir con eso de la responsabilidad de alguien?

—Está bien claro: ese hombre, el jardinero Bligh… tuvo relaciones con una alumna, la pelirroja Judy Keys, que parece no haber roto un plato jamás… y estuvo a punto de tener un hijo, que perdió misteriosamente, tras desaparecer Bligh. El jardinero no ha dejado ni rastro. Lo mismo qué las chicas que se fueron y nunca llegaron a su casa… si es que llegaron a irse, como sospecha el señor Cuthberston. Por otro lado, Hazel Oxley, una joven sin familia, bajo el dominio absoluto de *lady* Eunice hasta su mayoría de edad, sufre por cualquier pretexto gravísimos castigos, sea o no probada su culpa. ¿Pretende con eso aniquilarla y quedarse con su herencia? Me gustaría saber las cláusulas del testamento de los Oxley, para estar segura de ello, Stuart. Y tenemos a la persona que puso la culebra en mi cama… Aún no estoy segura de quién pudo ser, pero juraría que no se trata de Hazel. Unido eso a la muerte del inspector del Gobierno, lord Kellaway, el rostro que vi en la

ventana, que ignoro si fue el de esa chica, Marion Cuthberston o no., y la marca de Scheva, la demonio-hembra… tenemos, en apariencia, un horrible cuadro de satanismo en Sherwood Place. Pero… ¿es, realmente, satanismo? ¿Actúan así ciertas personas por posesión diabólica… o porque hay alguien interesado en provocar esos hechos en la comunidad aparentemente tranquila en que estamos ahora?

Siguió un corto silencio. Stuart Jeffries escuchaba con vivo interés a la joven maestra. Ahora, frunciendo el ceño, añadió con lentitud:

—Por otro lado, está Bernard Jeffries, mi tío. No murió de un ataque cardiaco, ciertamente, sino de una punzada mortal en el corazón, con un instrumento sutil y afilado, una aguja que casi no dejó huella… salvo el pequeño tatuaje en la piel, con el rostro de Scheva… Otra vez el satanismo por medio, Muriel. No tiene aparente sentido. Pero ¿lo tendría que la misma persona o personas mezcladas en las desapariciones de Sherwood College, en la muerte violenta de lord Kellaway, matase a mi tío Bernard, fingiendo una muerte natural?

—Nunca lo sabremos, quizá. Pero su tío era vecino de Sherwood College, como lo es usted…

—Muy cierto —convino Stuart—. ¿Cree que pudo ver o descubrir algo… que sentenció su vida?

—Es sólo una posibilidad —suspiró Muriel—. Si, al menos, supiéramos a quién hizo lord Kellaway unas preguntas, nada más llegar a Sherwood Place aquella noche… quizá sabríamos cuál era la pista que seguía y que le provocó la muerte…

—Yo de usted no me metería demasiado a fondo en eso, Muriel.

—¿Por qué? —se sorprendió ella, mirándole vivamente.

—Muy sencillo: lord Kellaway era un hombre, y representaba al Gobierno. Pese a ello, fue atacado y muerto sin dificultades. Usted es sólo una mujer. No corra riesgos. No sea demasiado valerosa. No me gustaría pensar que a usted pudiera sucederle algo, créame…

—Gracias —ella sonrió, mirándole con fijeza. Luego, clavó sus ojos en un automóvil marrón de capota de cuero *beige*, que rodaba hacia ellos lentamente, calle abajo. Era una limousine descapotable, modelo de 1924. Vio a una mujer fornida y joven al volante, conduciendo como un hombre. Muriel sonrió más ampliamente—.

Creo que vienen a recogerle, Stuart.

—¿A mí? —Él se volvió, riendo luego—. Oh, sí. Mi fiel Angela… Además de guisar de modo excelente, sabe conducir el automóvil y todo. Vino a comprar víveres al pueblo, y dijo que me llevaría de regreso a casa cuando terminase con mis diligencias legales. Es incluso maternal, a pesar de su juventud. Confidencialmente, Muriel, le diré que sospecho que sus relaciones con mi pobre tío no debían de tener, sin embargo, nada de maternales…

Y le guiñó un ojo, cuando Angela Eaton detuvo el automóvil junto al bordillo, dirigiendo una ceñuda mirada de recelo hacia la joven maestra. Ésta observó que, al sentarse al volante, con su corta falda a la moda, de flecos sobre las rodillas, Angela dejaba ver sus muslos, fuertes y bien torneados. Era una mujer joven y recia, pero algo sensual emanaba de ella, casi con fuerza animal. Su modo de mirar a su joven patrón actual, a juicio de Muriel, tampoco resultó demasiado maternal.

—Ya está todo, señor Jeffries —informó—. ¿Quiere regresar a casa?

—Sí, por favor. Pero yo conduciré —se volvió a Muriel, risueño —. ¿La llevo al colegio?

—No, gracias —suspiró Muriel—. Empiezo las clases mañana. Hoy es día libre para mí. Prefiero pasarlo en el pueblo, al menos hasta la tarde.

—Comprendo —rió Jeffries entre dientes—. Teme usted a los demonios de Sherwood College, y quiere estar lejos de ellos lo más posible.

—Tal vez sea eso —confesó Muriel, encogiéndose de hombros. Agitó su mano en despedida—. Adiós, Stuart.

—Hasta pronto, Muriel —se despidió él. Y no pareció observar la ojeada de reproche que Angela Eaton le dirigió, al oír tratar con tal familiaridad a la joven maestra.

La limousine marrón y *beige* se perdió calle abajo, entre una polvareda. Muriel caminó, dirigiendo distraídas ojeadas a los escaparates de las tiendas. Se detuvo, al ver venir por la misma acera al joven agente Cox. Él se detuvo, saludándola respetuosa, con la mano apoyada en la visera de su gorra de policía.

—Buenos días, agente —saludó Muriel—. ¿Algo nuevo?

—¿Sobre lord Kellaway? —Asintió Edwin Cox, con gesto

confidencial—. Vengo de casa del doctor Forbes. Ya hizo la autopsia al pobre hombre…

—¿No se puede saber el resultado?

—Bueno, es secreto oficial, pero teniendo en cuenta que usted conocía a lord Kellaway y fue quien descubrió su cadáver… —Cox resopló, bajando la cabeza—. Es algo horrible, señorita Ashton. A lord Kellaway le destrozó… una… una garra monstruosa, de afiladas zarpas. La garra de un animal, si no la del propio diablo…

CAPÍTULO VI

LA CARA DEL DIABLO

El ejemplar del Nottingham News de aquella tarde, llevaba en su primera página un titular llamativo y preocupante para los habitantes de la región:

> «El asesino evadido de la penitenciaría, sigue en libertad. Clifford Harvey, "el poseso diabólico" de manos ensangrentadas, es un peligro para todos nosotros.
>
> »¿Ha sido él quien asesinó a lord Kellaway, bajo la posesión infernal que convirtió sus manos en garras demoníacas?».

Stuart Jeffries respiró profundamente, tirando a un lado el diario con gesto de hastío evidente. Su comentario no fue nada favorable para los reporteros locales:

—Leyendo esas cosas, difícilmente se mentalizará a una comunidad para afrontar los hechos con mediana sensatez. Además de ramplón, el estilo es provinciano y torpe. ¡Vaya periódico!

—Se acostumbrará a leer cosas así —rió Angela Eaton, poniendo en su mesa el plato de sopa humeante, aromática y de sabroso aspecto. A un lado situó otro plato con *pudding* de carne y puré de patata. Una jarra de cerveza completó la cena frugal y apetitosa. En el hogar, ardían leños alegremente. Afuera, el nublado persistía, oscureciendo más aún la noche en sus inicios. Pero esta vez no parecía amenazar con nuevas lluvias, aunque el aire era frío y húmedo al filtrarse por las rendijas de la vieja casa de los Jeffries.

—No pienso leer con frecuencia esa clase de periodismo.

Tampoco pienso permanecer toda mi vida aquí, como hizo tío Bernard.

—¿Cómo? —Angela le miró sorprendida—. ¿Piensa ausentarse de Sherwood Place?

—No soportaría mucho tiempo la vida pueblerina de este lugar —suspiró Stuart, probando la sopa, con aroma a hierbas silvestres. Aprobó—: Excelente, Angela. Eres una gran cocinera.

—Gracias, señor —la rolliza muchacha de campo le contempló fijamente, con mal disimulada admiración de mujeres—. ¿Se… se marcharía… para siempre, tal vez?

—No lo he pensado aún —meneó la cabeza Stuart—. No. No creo que fuese para siempre, pero sí durante largas temporadas. Éste será un bello lugar estival, y nada más.

—Durante el verano cierran el colegio —comentó Angela, sin mirarle—. La señorita Ashton no estará entonces aquí…

—¿Muriel Ashton? —Stuart levantó la mirada. Enarcó las cejas, fijas sus pupilas en la recia moza de servicio de su hacienda—. ¿Qué te hace suponer que esa chica me interese?

—Hablaba con ella esta mañana, muy animadamente. Vi cómo la miraba. Conozco esa forma de mirar los hombres.

—Bueno, es una bonita muchacha, si a eso te refieres, Angela. Me cae bien. Inteligente, sensible y muy femenina. Pero eso no significa nada. Eres demasiado suspicaz.

—Sólo observadora. Usted es un hombre de ciudad. Ella también. No encajan aquí. Es natural que se atraigan mutuamente. Es más: creo que la joven maestra debe ser una buena chica. Hace buena pareja con usted. Lo peor de todo es el colegio…

—¿El colegio? —El joven Jeffries dejó de saborear la sopa, para mirar con interés a su sirvienta. Indagó, algo seco—: ¿Qué ocurre realmente con ese colegio, Angela?

Y no me vengas con cuentos chinos como los del periódico. No creo que el diablo haya decidido aposentarse en Sherwood Place, encarnándose en las personas de este lugar.

—Usted no es de aquí. Ignora las supersticiones populares, las leyendas… Dicen que el diablo estuvo siempre en Sherwood. Que él era el rayo que calcinó la vieja abadía… Y el fuego que un día prendió en el antiguo pabellón del Sherwood College, aniquilando al servidor del infierno que pretendió rebelarse contra Satanás…

—¿Servidor del infierno? ¿Quién, Angela?

—Dennis Bligh, el jardinero —los ojos de la criada destellaron—. Todo el mundo sabe que hacía misas negras y rituales sacrílegos con las jovencitas del colegio… y quizá también con *lady* Eunice, aunque ella siempre lo ha negado, escandalizada. Estaba endemoniado.

—¿Bligh, endemoniado? —dudó Jeffries, irónico—. Entonces. Judy Keys debió engendrar un súcubo… que nunca nació. Esos rituales y aquelarres secretos, amiga mía, no acostumbran a ser sino ceremonias secretas que terminan en orgía. Un pretexto para la corrupción moral.

—Quizá. Pero la gente cree otra cosa. Lo cierto es que Bligh desapareció cuando el fuego se apoderó del pabellón… Y nadie volvió a saber de él. Pero estoy segura de que en ese colegio, mucha gente sabe la verdad de lo sucedido… y callan por miedo, por terror a alguien o a algo…

—¿Terror a *lady* Eunice, quizá?

—O a lo que ella representa para las demás mujeres de esa casa. —Angela se encaminó hacia la cocina, como dando por terminada la charla—. Créame, señor. Si llega a sentir algo por esa chica, la nueva maestra… Sáquela de ese colegio. Será como salvar su cuerpo… y también su alma, estoy segura.

Le dejó solo en el amplio comedor. Solo con sus pensamientos. Preguntándose si, realmente, había algo sobrenatural y terrible en Sherwood Place…

* * *

Muriel terminó su cena en silencio. Poco antes lo habían hecho Susan Grant y Valerie Baker, las dos compañeras de enseñanza. Ya estaba decidido que las clases se reanudaran normalmente al siguiente día. Sería su debut como maestra en Sherwood College.

Lady Eunice también se ausentó antes de terminar Muriel la cena. Había llegado tarde, por pasear demasiado lejos de la casa de rojos ladrillos, y ello le costó un leve reproche de *lady* Eunice. Pero la cosa no pasó de ahí.

Las alumnas iban dispersándose ya, camino de sus distracciones habituales antes de retirarse a descansar. En un cercano salón, sonó un fonógrafo con una musiquilla de moda. El estribillo era ingenuo

y repetido:

Oh,
she's
so sweet… when
she's
walking down the Street…
and is dancing in the Street…

(Letra original inglesa de una canción (charlestón) de la década de los veinte a los treinta, que tuvo también mucho éxito en España con el estribillo de «Ay, papá. ¿Qué te pasa con mamá, que se pasa el día entero, charles viene, charles va?»).

Muriel suspiró, retirando la taza de café que daba fin a la cena. Miró a las únicas que quedaban con ella en la larga mesa vacía. Podía ser casual, pero no lo creía.

Eran Vanessa Welsh, menos alegre y jovial que de costumbre, y la pelirroja y pecosa Judy Keys, cuyo cuerpo larguirucho y desgarbado hacía difícil imaginarla en concubinato con el desaparecido jardinero Bligh, estuviese por medio o no la diabólica influencia de Satanás.

—Bien… —suspiró Muriel, tras un momento de indecisión. Clavó sus ojos en ellas, con repentina valentía—. Ya terminó la cena. ¿Vamos a la sala de recreo… o seguimos aquí?

—Preferiría seguir aquí, señorita Ashton —dijo con voz apagada Vanessa.

—Yo también —aseguró tímidamente Judy.

—Muy bien. —Muriel siguió mirándolas. Ellas eludieron sus ojos. Entrelazó la joven maestra sus dedos sobre la mesa, para pasar a preguntar con firmeza—: ¿Qué es lo que sucede, señoritas?

—Se… se trata de Hazel… —comenzó Judy.

—¿Hazel Oxley? —Muriel enarcó las cejas—. Supongo que sigue castigada…

—A eso queríamos referimos. Es inhumano. *Lady* Eunice quiere prolongar su encierro hasta el amanecer.

—Sí, eso dio a entender anoche. ¿Han hablado ya con ella?

—Le hemos suplicado. Hemos intercedido por Hazel. Se ha negado en redondo.

—En ese caso, ¿qué es lo que puedo hacer yo? Mi autoridad en esa materia es nula…

—Sin embargo, sólo en usted confiamos, señorita Ashton. Es diferente a todas las demás. Ni la señorita Grant, ni la señorita Baker, y menos la directora, saben lo que es un sentimiento de humanidad. Hazel puede enloquecer allí. Ha insistido tantas veces en lo del monstruo.

—En lo de… ¿qué? —preguntó vivamente Muriel, estremeciéndose.

—El monstruo. Asegura que hay uno cerca de esa celda. Alguien vivo, que respira de un modo horrible… —Judy Keys estaba lívida al hablar de eso, y ello realzaba más aún las manchas rojizas de sus pecas—. Ella, Hazel… dice que es «un monstruo». Parece tan segura… Afirma que la respiración del ser se filtra por el muro, que es como… como…

—Como si algo emitiera burbujas —completó Vanessa con voz trémula—. Un gorgoteo enloquecedor, apagado y trémulo…

—Un gorgoteo… —Muriel fue quien palideció ahora, con un súbito escalofrío. Algo, vivamente, hirió su memoria, sus sentidos todos. Se irguió, humedeciendo sus labios, repentinamente secos como su propia boca y garganta—. Dios mío…

El gorgoteo… El extraño susurro captado una noche, en el hotel. Las Armas de Sherwood Forrest… El cadáver destrozado de lord Kellaway… Y el murmullo gorgoteante… Y la cara en la ventana…

—Sabemos que no nos cree —ni Vanessa ni Judy habían advertido su sobresalto—. Pero Hazel sentía horror de ese encierro. Tal vez… tal vez ya nunca sea la misma al salir de ahí mañana… si es que sale viva… ¡Por Dios, señorita Ashton, haga algo por ella…!

—Me temo que no esté en condiciones de semejante cosa, amigas mías —suspiró Muriel, abatida—. *Lady* Eunice no cederá tampoco aunque yo se lo pida.

—Si al menos se la pudiera liberar de ahí, a espaldas de *lady* Eunice… —murmuró Vanesa amargamente—. Permitir que se fugue de este maldito recinto lleno de crueldades y de odios, de prejuicios y de temores…

—Señorita Welsh, ¿qué está diciendo? Si Hazel se evadiera de su celda de castigo, no haría sino hacerse acreedora a otro mayor, ante *lady* Eunice…

—No, si jamás regresaba a este lugar.

—Eso sería tanto como convertirse voluntariamente en una fugitiva. Es menor de edad, está bajo la tutela de *lady* Eunice… y eso podría invalidar su condición de heredera, incluso.

—A mí no me importaría —replicó Judy Keys—. Es mejor no tener nada y ser libre, que vivir esclavizada y amedrentada, en manos de una mujer como ésa.

—Totalmente de acuerdo, —aprobó Vanessa—. Yo misma estoy dispuesta, contra la voluntad de mi familia, a evadirme de este colegio de modo definitivo.

—Señorita Welsh, está demostrando usted muy poco juicio en sus ideas —la reprochó Muriel.

—No lo creo —la joven Vanessa Welsh se incorporó, rodeando la mesa hasta llegar ante su joven maestra. Se inclinó hacia ella e informó en voz baja—: ¿Por qué seguir aquí, en poder de fuerzas ocultas que nos dominan y reducen a la condición de esclavas? ¿Por qué sentir terror durante las noches, en nuestras alcobas, presintiendo en el exterior la presencia del demonio?

—Eso son tonterías, señorita Welsh…

—¿Usted cree, señorita Ashton? ¿Cree que son tonterías la muerte de Lord Kellaway en Sherwood Place? ¿Lo es la muerte de Bernard Jeffries, que una noche visitó este colegio, atraído por gritos y cánticos demoníacos, y avisó de que informaría a la policía si volvía a advertir algo semejante? ¿Cree que nosotras llegamos a advertir alguna vez, conscientemente, que hemos danzado en una orgía repugnante y obscena, con *lady* Eunice, con el jardinero Bligh y con otras muchachas de este colegio, invocando a Satanás, llegando incluso a beber sangre humana?

—¿Qué… qué está diciendo, señorita Welsh? —musitó Muriel, palideciendo, y poniéndose en pie bruscamente, ante las palabras increíbles de la joven morena.

—La pura verdad. Lo que confesó Bernard Jeffries haber visto. Lo que provocó que el coche de la joven Cuthberston se desviase y chocara, incendiándose y provocando su actual deformidad física… Sí, hemos sido vistas en la noche, en esos actos demoníacos y procaces, con la muy digna directora al frente del aquelarre.

—Dios mío, no puede ser cierto. Alguien ha debido engañarlas… —jadeó Muriel, lívida.

—No, señorita Ashton —rechazó ahora Judy Keys—. Nadie nos engañó en eso. Por ello no entra Marion Cuthberston en este colegio… Por ello murió Bernard Jeffries, el tío de ese joven heredero tan atractivo… Por eso me vi yo encima. Dudo que fuese obra de Bligh. Y de haber sido así, sería porque el pobre jardinero sirvió de vehículo a designios diabólicos… No sé… no sé lo que hubiera nacido, como fruto satánico, de no precipitarme yo misma a un abismo, buscando la muerte… y sólo causando la de la criatura que llevaba en mis entrañas, señorita Ashton…

—¿Lo entiende ahora? —Jadeó Vanessa Welsh, muy cerca su rostro del de Muriel—. ¿Se da cuenta de la razón que me impulsó a… a escribirle a usted a Londres aquella carta anónima, en la que le advertía sobre la presencia del diablo en Sherwood College?

—De modo… de modo que fue usted… —susurró Muriel Ashton, atónita, mirando a la muchacha de cabellos oscuros—. Fue usted quien me escribió…

—Sí —afirmó Vanessa—. Quería evitar que otra mujer joven e inocente… fuese víctima del horror que nos envuelve en esta maldita casa…

—Señorita Welsh, retírese inmediatamente a sus habitaciones. ¡Retírese! —Sonó la fría voz desde la puerta del comedor—. Más tarde se pondrán en claros esos hechos que usted misma ha confesado… y que pueden dar lugar a un expediente disciplinario gravísimo… con todas sus consecuencias.

Muriel Ashton giró la cabeza, alarmada, en el momento mismo en que gritaban, con terror instintivo, Judy Keys y Vanessa Welsh.

En la puerta, vestido de oscuro, dominante y cruel, con expresión realmente digna de un endemoniado, se hallaba ahora James Grayson, el administrador del Sherwood College.

Ante su presencia, el pánico pareció hacer presa irracional en las dos alumnas. Se encogieron, retrocediendo como si se hallara frente a ellas la encarnación misma del enemigo.

Muriel se irguió, fría y desafiante, pronunciando unas heladas palabras:

—Señor Grayson, usted no es quién para mediar en esto. Yo, como profesora de este colegio, soy quien formulará el correspondiente expediente… ¡contra *lady* Eunice y este establecimiento, en tanto se aclaran las cosas! Y, ciertamente, usted

puede verse involucrado en ello, si se opone a mi decisión. Ahora, deje a estas jóvenes en paz. Yo me hago responsable de ambas, hasta ver lo que decide la Justicia. Éste es un caso que, evidentemente, escapa a la disciplina escolar, para pasar a la jurisdicción legal…

Tomó contra si a las dos muchachas, que parecieron buscar en su joven maestra una protectora y valedora contra el peligro que representaba en ellas James Grayson.

Pero éste, inesperadamente, cerró con pestillo la puerta del comedor, y se situó ante ella con expresión colérica, avisando con voz dura:

—Perdone, señorita Ashton. Usted no va a hacer nada de eso… ¡porque no va a salir de aquí, lo mismo que ninguna de estas jóvenes rebeldes, en tanto no lo permitamos *lady* Eunice y yo! Y le aseguro que no pensamos hacerlo, en absoluto… mientras usted viva.

Muriel, horrorizada, comprendió de pronto la velada y terrible amenaza que las palabras de Grayson significaban para ella…

Estuvo segura de que eran una extraña y despiadada sentencia de muerte.

* * *

Stuart Jeffries contempló el lugar sin moverse, sin producir el más leve ruido.

Sus ojos escudriñaron la escena en todos sus detalles: el muro trasero, de rojos ladrillos, con enredaderas reptando sobre las paredes, algunas luces encendidas en la planta alta… El jardín en sombras, el anexo, con el garaje y el cuarto de herramientas… Y, finalmente, junto a los setos y la tapia de ladrillos, el viejo pabellón cenador, derruido y negruzco, con sus vidrieras maltrechas.

Cualquiera que le viese ahora, pensaría que estaba loco. Era como un espía de la Gran Guerra, acechando el momento de ir en busca de los planos del enemigo, pensó con cierto sentido del humor. Pero las cosas, a su juicio, no debían ser tan divertidas.

Había llamado dos veces por teléfono al colegio, preguntando por Muriel Ashton. En ambas ocasiones le dijeron que ella estaba ausente y no había regresado aún. Resultaba raro, dada la hora de las llamadas, mucho después de las nueve de la noche, y eso le hizo

salir de casa, para dedicarse a vigilar el colegio, preocupado por la suerte de Muriel.

No le había sido posible explicarle que Clifford Harvey, el evadido de la penitenciaría, había sido sorprendido por la policía en las proximidades de Nottingham, y al hacer resistencia a los agentes de la autoridad, había resultado muerto el criminal, con lo que uno de los presuntos sospechosos de la muerte de lord Kellaway, quedaba automáticamente fuera de juego. Se había con firmado que Harvey no llegó a pisar Sherwood Place tras su evasión.

De nuevo la atención del joven Jeffries se centraba en el colegio de muchachas. Algo le decía que allí podía estar la clave de todo. Y que la persona o la fuerza oculta que mató a lord Kellaway en el hotel, había sido también quien acabó con la vida de su tío Bernard. La imagen de Scheva, la mujer-demonio, podía ser un símbolo infernal… o sólo el pretexto de un hábil asesino para encubrir la naturaleza real y humana de ciertos hechos criminales.

De pronto, dejó de reflexionar Stuart. Algo se movía en el jardín, atrayendo inmediatamente toda su atención hacia ese punto.

Era en la esquina más alejada de la casa. Por allí había asomado alguien. Una persona que se movía con sigilo por el jardín, encaminándose al anexo. Hasta Jeffries llegaron las suaves y firmes pisadas de la persona. Esperó, con sus nervios en tensión. El reflejo leve de una luz eh una ventana alta, le reveló que la persona era alta y esbelta. Parecía una mujer, o un hombre con prenda larga, hasta cerca de los tobillos.

Era una mujer. Aquella claridad reveló unas piernas enfundadas en medias de seda clara, y unos zapatos negros, puntiagudos y con correílla en torno al tobillo. La forma de su peinado alto le permitió identificar a la dama.

Lady Eunice de Wolf.

La directora del colegio se movía hacia el anexo, resueltamente. En sus manos tintineó una llave. Le vio abrir la puerta del anexo, tras mirar en torno, minuciosamente. Stuart esperó. Apenas la vio desaparecer dentro del edificio vecino a la casa de ladrillos rojos, abandonó su refugio junto a la tapia, y avanzó agazapado, en dirección al mismo anexo, procurando no producir ruido al andar. Su calzado de suela de goma le favorecía la maniobra.

Se detuvo junto al anexo. Escuchó, aguzando cuanto pudo el

oído. Captó ruido de llaves otra vez. Y el chasquido de una cerradura. Luego, chirriaron unos goznes mal engrasados.

Unas pisadas se alejaron de él. Era la forma habitual de pisar diferentes niveles con tacones de mujer. Una escalera. Dado el hueco sonido imaginó que descendía hacia un sótano.

Recordó algo que le contara Muriel Ashton: «*Lady* Eunice es tiránica. Ha encerrado a una pobre alumna en un sótano, durante más de veinticuatro horas. Y es precisamente la chica de quien fue nombrada tutora… Ella parecía llena de terror, como si fuese una niña miedosa del cuarto oscuro…».

Se decidió rápidamente. Entró en el anexo, sumido en casi absoluta oscuridad. Sólo el reflejo de una lámpara eléctrica, moviéndose allá, al fondo, bajo la trampa abierta de un conducto que iba desde el suelo del anexo hacia un sótano…

Avanzó muy cautamente, con el mayor sigilo posible, hacia aquella trampilla descendente. No quería ser visto por *lady*. Eunice por no meter en problemas a Muriel. Pero si el estado psíquico de la muchacha allí encerrada lo requería, no dudaría en recurrir a la ley para resolver el asunto, con todas sus consecuencias.

Con esa idea, llegó justamente al borde de la trampa. Bajó la mirada. Vio los angostos escalones húmedos, hundiéndose en un oscuro sótano rezumante de olor a moho y abandono. Se estremeció. Era monstruoso encerrar allí a una muchacha adolescente, durante tantas horas…

De súbito, el alarido heló la sangre en sus venas. Allá abajo, la lámpara eléctrica rodó por el suelo de piedra, produciendo un ruido hueco y el bailoteo de luz y sombra en los muros chorreantes de humedad y moho. Se repitió el grito agudo, estremecedor, rebosante de pánico, de un horror infinito e inexplicable…

Stuart Jeffries, resueltamente, se precipitó escaleras abajo. Su mano, en el bolsillo de su chaqueta, buscó la única arma que había llevado en su nocturna correría: una navaja de afilada hoja…

Cuando llegó abajo, el horror también hizo presa en él ante la dantesca escena que se reveló ante sus ojos, a la claridad fantasmal de la lámpara eléctrica caída en el suelo…

—Dios mío, no… —Jadeó, trémulo, lleno de angustiada sorpresa —. No es posible…

Lady Eunice se hallaba en un rincón del sótano, caída de

rodillas, apoyada de espaldas al muro mojado, con los ojos desorbitados, la boca abierta, pero ya sin gritar, helada la voz en su garganta por efectos del propio terror. Su piel tenía el color del yeso.

Frente a ella, una muchacha joven y atractiva, yacía en otro rincón, espantosamente destrozados su pecho, su cuello, sus brazos. El rostro, medio desgarrado, revelaba un ojo desorbitado, vidrioso, cuajado de pavor, y otro colgando entre jirones sanguinolentos y cabellos rubio oscuros, empapados de sangre…

Era como si una bestia feroz hubiera pasado por allí, ensañándose en la muchacha, que Stuart imaginó se trataba de Hazel Oxley. Y, evidentemente, el pánico, el horror de la joven ante la muerte y ante su verdugo espantoso, debió de ser terrible, dada la expresión de la mitad intacta de su bello rostro…

Sorprendentemente, *lady* Eunice estaba sollozando ahora, presa de un agudo histerismo.

Y de modo súbito, allá arriba, hubo un golpe seco y violento. Stuart miró a lo alto, con un estremecimiento. Sus temores se confirmaron.

Alguien había cerrado la trampa del sótano, dejándole encerrado allí con un cadáver aterrador, una mujer histérica… y la amenaza evidente de un ser monstruoso, quizá la misma criatura aniquiladora que destrozó bárbaramente a lord Kellaway en Sherwood Place…

CAPÍTULO VII

CUANDO EL DIABLO ANDA SUELTO

Edwin Cox, policía de Sherwood Place, cubrió con la tela el cadáver de Clifford Harvey.

—Éste ya no preocupará más a nadie —comentó entre dientes—. Endemoniado o no, ha dejado de constituir un problema para las autoridades de Nottingham. Y de toda Inglaterra.

Suspiró, encaminándose a su oficina y cerrando tras de sí la pequeña Morgue del pueblo. Un caso había dejado de serlo. Pero eso no era todo. Las informaciones de que Harvey no llegó a pasar en ningún momento por el pueblo, comprobadas fehacientemente luego, dejaban en el aire la posibilidad de que hubiera otro criminal suelto: el que aniquiló a lord Kellaway, el hombre de Londres. Eso, a Cox ya no le gustaba tanto.

Anotó unos cuantos datos rutinarios sobre su agenda. Luego, contempló el teléfono. Tenía pensado hablar con el Sherwood College esa noche. Las alumnas de *lady* Eunice, y la propia directora del establecimiento, dormirían mucho más tranquilas cuando supieran que Harvey había muerto y no existía peligro alguno por parte del delincuente. Aunque en sus mentes hubiera aún otros temores más ancestrales e indefinidos, como el miedo a las viejas leyendas de brujería y satanismo, que en otros tiempos predominaron en las tierras feudales inglesas.

No llegó a levantar el auricular del negro aparato colgado de la pared de su despacho. La puerta de la oficina, al abrirse, con el campanilleo peculiar en ella, lo impidió. Retiró la mano del aparato telefónico. Contempló a su inesperado visitante.

—¡Señor Cuthberston! —Exclamó con el tono respetuoso que Cox utilizaba para las personas influyentes de la región—. ¿Usted

por aquí a estas horas? ¿A qué debo el honor de su visita?

Roger Cuthberston se limitó a contemplar en silencio a Cox. Luego, tras un corto espacio de tiempo con aire meditativo, se resolvió a dar una breve respuesta:

—Hay motivos graves, Cox. Muy graves, tal vez.

—¿Graves, señor? —Parpadeó el agente de policía, sorprendido y, a la vez, bastante preocupado por el tono de su interlocutor.

—Sí. He dudado mucho antes de venir. Apuré cuanto me fue posible las demás probabilidades que hicieran inútil la intervención de la ley en el caso. Ahora, me creo en la obligación de darle cuenta de lo que ocurre. Hasta hoy, nunca había llegado a algo así. Por tanto, me imagino que no fue cosa suya, ni obra de un acto voluntario o de un extravío casual.

—Temo no entenderle bien, señor…

—Mi hija, Cox, Marion. Ha desaparecido.

—¿Cómo? —Abrió mucho los ojos el joven agente de Sherwood Place—. ¿Marion desaparecida? Eso no tiene sentido. Estará en algún sitio, se le habrá hecho tarde. Tal vez… tal vez sea un extravío, como usted dijo…

—Mi hija no acostumbra a alejarse de casa. No le gusta que la vea la gente, después de… de lo que sucedió con el incendio de su automóvil recién estrenado, aquella maldita noche del aquelarre…

—Señor Cuthberston, recuerde que su hija sufría un grave *shock*. No pudo estar segura, al ser interrogada por el coroner, de que hubiera realmente un aquelarre en el bosque…

—Es igual —cortó agriamente el terrateniente—. Yo sé que lo hubo. Ella también lo sabe. Me lo ha jurado muchas veces. Con plena convicción. Sólo que entonces… todo aparecía confuso en su mente. Y firmó una declaración errónea. Ya no tenía remedio volver sobre lo dicho. Ningún tribunal hubiera aceptado la verdad tras una contradicción tan grave… Ahora no hablamos de eso, Cox. Ya pasó. Marion no está en casa. Ni en la propiedad. Ni en los lugares vecinos. No ha ido al pueblo. Nadie la ha visto. Estoy preocupado por ella. Pudo extraviarse, sí, pero eso también exigiría ayuda para buscarla, aunque me temo que el caso sea mucho menos claro que eso.

—Está bien, señor. —Cox tomó su gorra y su potente linterna eléctrica. Le acompañó, camino de la puerta—. Vamos a buscar a su

hija. ¿Cuándo la vio por última vez?

—Esta tarde a primera hora. Sobre las dos.

—¿Iba a alguna parte?

—No. Sólo a pasear por la finca. La dejé ir. No podía imaginar que hubiera problemas…

—¿Acostumbra a volver pronto a casa?

—Siempre. Si no la acompaño yo a las siete está como máximo de regreso. Nunca se demora. Tiene miedo. A la gente, a la noche, a muchas cosas… Yo diría que tiene miedo desde que ocurrió la gran tragedia de su vida. Resulta natural, ¿no cree, Cox?

—Sí, supongo que sí, señor Cuthberston —convino el joven policía gravemente, ya caminando por la acera hacia el coche que habitualmente usaba Cox para «todo terreno», pesado y resistente. El blanco «Sedán» último modelo de Cuthberston, estaba aparcado ante la oficina, como un enorme y lustroso monstruo deslumbrante. Cox no le hizo el menor caso.

—¿Vamos a ir en su coche, Cox? —dudó el millonario.

—Es preferible, señor —asintió el agente—. Tendremos que usar malos caminos para recorrer toda la zona de modo exhaustivo. Antes de iniciar la parte más dura de la búsqueda, llamaremos a su casa por la línea de la policía, ya que pudiera darse el caso de que su hija estuviera de regreso…

—De acuerdo. Pero me temo que no… —Cuthberston se mordió el labio inferior—. Tengo miedo, Cox, si he de serle sincero.

—¿Miedo? —El joven agente le miró, sorprendido—. ¿Usted… miedo, señor?

—Sí. No me avergüenza confesarlo, amigo mío. Todo esto no es normal. Ocurre algo. Mi hija lleva unos días agitada, como temerosa de cosas que no puedo ver ni notar, pero que ella, sin duda, capta muy cerca.

El accidente la volvió hipersensible, estoy seguro… Tal vez el hecho de ser testigo de algo prohibido, de algo… demoníaco… la haya marcado para siempre.

—Por favor, señor Cuthberston… Usted no puede creer en tales fantasías…

—No son fantasías, Cox. Dijera lo que dijera ante el coroner en aquellas horribles circunstancias, ella vio algo que no era de este mundo… Quizá ahora esté pagando su papel de testigo en esas

circunstancias. No me importa que esté desfigurada. Algunos cirujanos dicen que se puede intentar algo más adelante… Pero su vida, Cox… ¡su vida es lo que me preocupa y me importa, por encima de todo!

—Sí, señor Cuthberston —asintió el policía, abriendo la portezuela de su coche—. Lo entiendo… Y voy a tratar de ayudarle con todas mis fuerzas, esté seguro… a fin de cuentas pensé hasta hoy que había un hombre vulgar, un simple delincuente, tras los hechos últimamente acaecidos aquí, en Sherwood. Ahora… ya no puedo pensar igual. Porque ese delincuente está muerto, en nuestro depósito… y nunca llegó a encontrarse con lord Kellaway, el hombre asesinado. Eso, unido a la declaración de la señorita Ashton sobre un rostro extraño en la ventana y un raro jadeo, un sonido gorgoteante… me hace pensar que hay algo más…

—Algo… ¿de qué naturaleza, Cox? —preguntó roncamente el terrateniente de Sherwood, al ponerse en marcha el coche del policía, con sus redondos faros centelleando en la oscura noche.

—No lo sé, señor —confesó el agente—. Nunca he creído en el diablo, pero… empiezo a cambiar de idea, por extraño que le parezca…

Cuthberston miró con enorme asombro al joven policía, cuyas manos aferraban el volante del vehículo, conduciéndolo con mano diestra, hacia las tierras boscosas y agrestes de Sherwood, donde parecía ocultarse un secreto diabólico, cada vez más amenazador y siniestro… Un lugar donde, quizá, el diablo andaba suelto…

* * *

Muriel abrió sus ojos en la oscuridad.

Un terror profundo e instintivo dominó su persona. Supo que algo terrible y ominoso andaba cerca de ella otra vez, como la noche en que llegara a Sherwood… La noche en que lord Kellaway fue asesinado por una zarpa monstruosa e increíble… y ella vio una faz de pesadilla flotando tras los vidrios mojados de la ventana.

Y cuando ella escuchó aquel horripilante sonido. Aquel gorgoteo siniestro. Aquella especie de susurro de ultratumba, arrastrado y trémulo…

El gorgoteo. El sonido.

Era eso.

Ahora… ¡ahora mismo estaba escuchando de nuevo ese jadeo alucinante!

Su cuerpo se convulsionó. Notó que el escalofrío reptaba por su espina dorsal y erizaba sus cabellos en la nuca. Pretendió moverse. No le era posible. Estaba atada. Fuertemente atada, inmovilizada. A merced del horror.

Pero… ¿qué clase de horror?

Su boca no estaba amordazada, sin embargo. Evidentemente, no les preocupaba que gritase. En Sherwood, un grito en la noche era siempre indicio claro de un momento de terror. Pero también despertaba el pánico en los demás. Nadie investigaría. Nadie acudiría nunca para saber quién gritaba y por qué… Había miedo. Pánico. Todo el mundo tenía miedo allí. Miedo a lo desconocido, a lo que no era de este mundo…

No gritó, pese a todo. Quizá porque su propia lucidez mental le dijo que era inútil. En vez de ello, susurró una oración. Se dijo que, si realmente era el diablo quien andaba por medio, el enemigo retrocedería ante el nombre de Dios. Incluso recordó vagamente que llevaba una pequeña cruz de oro sobre su pecho. No tenía ocasión de mover sus manas, de tocar su piel, buscando la pequeña joya, para comprobar si iba consigo. Estaba con sus brazos ligados a la espalda. Agitó su cuerpo. Notó el golpeteo suave de algo frió sobre su pecho.

Si. La cruz estaba allí. En torno a su garganta. Se decía que el diablo retrocedía ante ella. Que los poderes de las tinieblas huían ante su presencia. Pero ¿era realmente el diablo lo que se ocultaba tras todo aquello? ¿Era el poder satánico el que regia los actos de *lady* Eunice o del fiel James Grayson, el inquietante administrador del colegio?

Trató de recordar, mientras percibía en la sombra, en alguna parte, no lejos de ella, el extraño gorgoteo que helaba la sangre en sus venas.

Grayson había reducido a ella y a las dos muchachas, apenas supo que pactaban aleo, a espaldas de *lady* Eunice. Luego… luego la había hecho tomar algo, un vaso de leche… Eso Te provocó los mareos súbitos, el desvanecimiento. Y después, absolutamente nada.

Oscuridad, Silencio. Total inconsciencia. Éste era el despertar ahora.

Más oscuridad. Pero en el silencio, aquello. El sonido escalofriante. El mismo que captaran sus oídos cuando algo destruyó a lord Kellaway atrozmente…

—Dios mío… —murmuró—. ¿Es posible que algo diabólico pueda desafiar a la cruz y a la oración?

Nadie le respondió. Tal vez nadie podía hacerlo tampoco. Ella misma ignoraba la respuesta, pero estaba segura de que había alguna influencia humana en aquel juego extraño y tenebroso…

El susurro horrible, gorgoteante, continuaba cerca de ella… Muy cerca. Con un estremecimiento de horror, estuvo segura de que se aproximaba. De que estaba moviéndose en la oscuridad, cualquiera que fuese su naturaleza.

Pero se movía… se movía reptando. Notó el roce sobre el suelo del lugar ignorando en que se hallaba. Un roce repetido, continuado, insistente… Aquello, fuera lo que fuera… SE ARRASTRABA HACIA ELLA.

Recordó al viejo reptil de su alcoba del colegio, el primer día. La culebra que alguien pusiera en el lecho… No, no podía ser eso. No produciría ni la centésima parte de ruido en su reptar. Además, el viejo reptil desdentado no emitía un sonido como aquél…

Notó que un sudor frío, viscoso, corría por su rostro, por su cuello y su pecho. Estaba siendo capaz de dominar su pánico sin gritar. Morir, no significaba ya demasiado, pese a su natural amor por la vida, dada su juventud y sus ilusiones. Lo peor era lo otro. No saber qué clase de muerte… y a manos de quién… Recordar la sutil punzada mortal a Bernard Jeffries, o el desgarro brutal a lord Kellaway, no lograba tranquilizar su ánimo…

Jeffries…

Por una asociación de ideas, algo acudió a su menta. Los labios resecos modularon unas palabras, muy pocas, apenas en un murmullo ronco:

—Jeffries… Oh, Stuart… Stuart, ¿dónde está ahora? Sé que él… él podría sacarme de esto. Se le ve fuerte, seguro de sí… Stuart, ¿dónde, Dios mío, puede estar ahora?

El gorgoteo llegó súbitamente a ella. Un fétido vaho, una vaharada de aliento nauseabundo, hirió su rostro. Tan cerca estaba aquello que se movía hacia ella en la oscuridad…

No pudo evitarlo. Emitió un grito ronco, estremecido, donde

todos los terrores del mundo parecían reflejados…

—¡Stuart! —Gimió al extinguirse su grito—. Oh. Stuart…

* * *

Stuart Jeffries miró una vez más al techo.

Era inútil subir de nuevo los escalones resbaladizos y sucios. La trampa no se movía. La habían cerrado desde el exterior.

Regresó junto al cadáver atroz de Hazel Oxley. *Lady* Eunice seguía llorando, sacudida por espasmos violentos. La contempló, casi compasivo. La luz de la lámpara se debilitaba por momentos. En unos minutos más, se habría agotado definitivamente.

Trató de evitarlo. La apagó, para conservar su luz en el sótano del horror. *Lady* Eunice chilló, aterrada:

—¡No, no! —La oyó chillar—. ¡No quiero oscuridad, no quiero! ¡Él nos atacará…!

—¿Él? —Stuart pulsó el resorte y dio luz de nuevo, enfocando a la dama—. ¿Quién es él, señora?

—El… —sollozó *lady* Eunice de Wolf—. Oh, Dios mío, no… No quiero verlo. Nunca más…

—No lo verás. Aquí, nadie puede entrar, con eso cerrado —señaló arriba—. ¿O… tal vez sí?

—Cielos, claro que sí… —gimió la dama—. Mire… Mire ahí… Él vendrá… a por nosotros…

Señalaba con mano temblorosa a un punto del lóbrego sótano. Jeffries miró en esa dirección, preocupado. Avanzó con la linterna. Era un muro de piedra, aparentemente sólido, el que cerraba por aquel punto el sótano…

Tanteó la piedra. Sí, todo parecía perfectamente sólido. Lo parecía…

De pronto, supo que no era así. No lo que parecía. Una piedra cedió súbitamente bajo la presión de su mano. Y entonces…

Entonces se encontró con la salida secreta existente en aquel sótano alucinante, convertido ahora en fosa sangrienta de una bella adolescente. Al ceder la piedra, Jeffries manipuló en el hueco oscuro, notando una especie de palanca, que cedió hacia abajo con un chasquido.

Un panel de fingida piedra, que no era sino una superficie de escayola debidamente pintada y recubierta de piedras planas, giró

por completo, sobre unos ejes ocultos, y un segundo sótano vecino quedó al descubierto ante sus atónitos ojos…

Stuart Jeffries contempló con estupor aquel cubículo oscuro, sumido en absolutas tinieblas, sin muestra de luz alguna. Un extraño hedor, como si algo putrefacto se hallara en aquel recinto, hirió su olfato. Miró en torno, enfocando con su lámpara debilitada, en busca de la causa de tan nauseabundo olor.

Se estremeció. No había nada sólido ni tangible, pero sí un extraño rostro, una huella sobre el suelo de piedra lisa y oscura… Una especie de viscosa, babeante senda que marcaba el paso de algo. Algo sin duda alguna horriblemente repulsivo, a juzgar por el rastro que iba dejando.

La luz reveló, no lejos del reguero pegajoso, color lívido, amarillento, la presencia de unos huesos pelados, sin duda alguna de animal. Acaso corderos… Más allá, un cuenco con agua, mostraba iguales señales pegajosas y lívidas en sus bordes.

¿Qué clase de cosa o de ser pudo hallarse allí, en aquel sótano, vecino a la infortunada Hazel, arrastrándose por las piedras, dejando aquel reguero repugnante, devorando carne cruda y bebiendo agua sucia, en la oscuridad?

Recordó lo que hablara su joven amiga Muriel Ashton, sobre algo que creyera captar la noche de su llegada a Sherwood Place: un ruido extraño, un gorgoteo… Un susurro apagado y horrible, como una respiración inhumana… Y un rostro. Un espantoso rostro pegado a la ventana, infrahumano, purulento… Una ventana alta, sin cornisas ni salientes…

Pero aquel ser reptaba. Parecía evidente por las huellas. Reptando sí se pueden subir muros…

—Dios… —Se paso una mano trémula por su rostro sudoroso, sus cabellos despeinados, en desorden—. Si el diablo mismo tiene un aspecto horrible y enloquecedor… esa «cosa» o ente ha de ser, por fuerza el diablo o una de sus más repulsivas criaturas… ¿Qué está sucediendo aquí, qué atroz forma de vida guarda *lady* Eunice en este sótano…?

Furioso, excitado, se volvió a la sollozante directora del colegio, convertida en un auténtico pelele, rotos sus nervios, sollozante, destrozada física y moralmente.

—Señora De Wolf… —habló sordamente, con tono amenazador,

proyectando sobre su faz la luz de la lámpara, sin importarle que ella parpadease, deslumbrada, con gesto de terror—. ¡Señora, usted, con su crueldad y su intolerancia, ha enviado a esta pobre criatura a la muerte más horrible que pueda imaginarse! ¡De no destrozarla el monstruo abominable que usted, sin duda, ha mantenido y alojado en esta mazmorra, el pánico y la angustia hubieran terminado con ella de todos modos! Su rostro refleja muerte, dolor. Pero también tenor, delirio, el paroxismo de un ser enfrentado a algo demasiado horrendo para ser imaginado… ¡Vamos, pronto! Dígame qué cosa… qué ser… qué espantosa forma del infierno guardaba usted aquí… ¿Qué criatura es la que ha despedazado a Hazel Oxley… del mismo modo que aniquiló a lord Kellaway, la noche de su llegada? ¿Por qué envía usted a ese monstruo a la destrucción? ¿Por qué oculta y protege todo este horror sin precedentes? ¡Vamos, responda! ¡Responda de una vez, o yo cuidaré de que la ahorquen por su monstruoso delito!

—No, no… —sollozaba *lady* Eunice, destrozada—. No, por Dios… Yo nada tuve nunca que ver en todo ello… He sido…, he sido siempre una esclava… como todas las demás. Sólo que él… él me daba mayor autoridad, me sugestionaba para que actuase a su gusto, como la culpable de todo cuanto sucedía aquí, como una auténtica endemoniada… Debe creerme, Jeffries. Debe creerme… El…, él es el propio Satanás hecho hombre… Es el autor de todo esto…

—¿Él? ¿Quién es él, señora? —demandó enérgicamente Jeffries.

—James…, James Grayson, mi administrador y ayudante… En realidad, el auténtico amo de todo esto… el profanador de muchachas, el sacrílego, el endemoniado que sirve a su única dueña, la mujer demonio Scheva…

—James Grayson… ¿Fue él quien asesinó a mi tío Bernard?

—Sí, sí. El… y la mujer-demonio, la poderosa Scheva… Ellos presiden los aquelarres en los bosques, en el *sabbat* por la noche…

—¿Ellos?

—Los dos… Grayson… y Scheva… Hoy, al morir Hazel… rendirán tributo de su sangre a Scheva… y a todos los demonios del infierno… Del mismo modo, alguien más puede morir…

—¿Quién, *lady* Eunice? —Se horrorizó Jeffries, temiendo lo peor —. ¿Quién?

—Tal vez… tal vez ella… Sabe demasiado… Y se rebeló contra él…

—Ella… —Un escalofrío sacudió a Jeffries—. ¡MURIEL! ¡Oh, no…!

Enloquecido, se precipitó hacia el sótano vecino, el recinto del monstruo. Ya ni siquiera podía perder el tiempo preguntando por la naturaleza de aquel ser alucinante, encerrado en la profundidad de la tierra, como si realmente perteneciera al infierno que sus amos pretendían simbolizar y defender sobre la faz del mundo…

Si alguien corría peligro…, si la sangre de otra mujer iba a ser derramada esta noche de pesadilla… ¡esa sangre podía ser la de Muriel Ashton…! No había tiempo que perder. Era preciso encontrarla. Y encontrar al monstruo aniquilador, fuese lo que fuese…

Avanzó por el sótano vecino. Encontró una rampa ascendente. No escalones, sino una rampa. Lo adecuado para reptar… Horrorizado, siguió adelante, pisando con dificultad, casi sobre el rastro babeante dejado por la «cosa» de Sherwood College…

Arriba, un recuadro de nubarrones y estrellas asomó de repente. Un hueco. Una salida a alguna parte. Olió a hierba mojada, a arbustos. También a aquel hedor indescriptible que brotaba de la tierra que pisaba, del reguero viscoso que seguía…

De esa forma, salió al jardín. Sorprendido, se encontró en el suelo mismo del viejo pabellón-cenador ya en desuso, quemado por un incendio, ruinoso y con sus vidrieras destrozadas y polvorientas…

El cenador… ¡Debajo de aquella vieja armazón, estaba el refugio oculto del monstruo de Sherwood!

Sus ojos, casi instintivamente, recorrieron el muro de ladrillos rojos de la fachada posterior de la edificación…

Y más allá, sobre la hiedra, sobre las ventanas, a punto de penetrar en la casa a través de la abertura de un desván o buhardilla situada en el tejado de pizarra gris, el joven Jeffries captó «algo»…

Algo que se movía, que «reptaba»… Una forma sólida, alargada, monstruosa y palpitante… Algo que no parecía humano, ni tan siquiera animal. Que quizá no lo fuese…

Gritó agudamente Stuart, contemplando colérico aquella masa.

Algo, quizá un rostro o su remedo, giró hacia él. Un destello maligno, posiblemente unos ojos infernales se fijaron en él.

Luego, de repente, la «cosa» desapareció por el hueco de aquella buhardilla lejana.

Stuart Jeffries echó a correr hacia una ventana de la casa. Sin detenerse en más rodeos, cargó contra la vidriera y la pulverizó resueltamente, haciendo penetrar su cuerpo a través del hueco.

Se precipitó hacia el oscuro interior de un pasillo, en busca de alguna escalera que condujese a la planta más alta de la casa, al desván donde el monstruo infernal se había introducido.

Encontró el arranque de una amplia escalera. Solamente la luz de una hornacina, lejana, prestaba una leve claridad a la casa. Jeffries comenzó a subir los escalones de cuatro en cuatro.

Arriba, súbitamente, un grito escalofriante, prolongado y horrible, conmovió la casa. El joven Jeffries estuvo seguro de quién era la persona que emitía aquel alarido aterrador.

—¡Muriel! —gritó—. ¡Muriel…!

CAPÍTULO VIII

MONSTRUOS DEL INFIERNO

Muriel detuvo su grito apenas iniciado.

Sabía que era inútil gritar. Pero había sido instintivo. Su grito de horror ante la presencia demoníaca en las sombras de su ignorado encierro…

El gorgoteo siniestro, el deslizamiento en la sombra, el hedor irresistible… La presencia viviente estaba allí, junto a ella. Enviándole su fétido aliento, a punto quizá de convertirla en una piltrafa atroz, como al pobre lord Kellaway…

Pero eso, con ser malo, no era lo peor. Morir, sería, en cierto modo, dejar de sufrir. Lo más terrible era esto: el miedo, el pánico exacerbado, sobrehumano… Un terror que parecía escapar por cada poro de su cuerpo, en forma de un helado vaho enloquecedor.

Notó, pegado a su cuerpo, el contacto de otra materia fofa y viscosa, tan blanda como podía serlo una babosa o una enorme gelatina. Pero despidiendo aquel olor nauseabundo, aquel sonido gutural, como el jadeo de un animal desconocido y terrible…

De súbito, allá, en alguna parte de la casa, un grito potente, claro, dominador. Y también desesperado:

—¡Muriel! ¡Muriel! ¿Dónde está? ¡Muriel, soy yo, Jeffries…!

—¡Stuart! —Chilló Muriel convulsa, estallando en sollozos—. ¡Stuart, aquí! ¡Aquí, en la oscuridad…! ¡Cuidado! ¡El monstruo! ¡Hay algo…, algo horrible, una criatura del infierno… a punto de atacarme…!

Cerca de ella, el gorgoteo se hizo más intenso, más excitado. El bulto se movía en la oscuridad, como si algo hubiera venido a importunar su lenta acción destructora…

Muriel sentía golpear rudamente su corazón dentro del pecho,

como algo desbocado que fuera a escapar por su garganta. El ahogo, la asfixia del terror y de la esperanza a la vez la mantenían crispada, angustiosamente a la espera de su suerte, fuese cual fuese…

—¡Aquí, Stuart! —Chilló de nuevo, al oír pisadas cercanas—. ¡Cuidado! ¡La bestia, la… la “cosa”…!

—¡No tema, Muriel! —rugió una voz tras la puerta.

Luego, inesperada, brutalmente, la hoja de madera cedió a impulsos de una carga tremenda. Una luz cegadora, pese a ser difusa en el pasillo del desván, penetró en la estancia, disipando las tinieblas bruscamente.

Muriel descubrió a Stuart Jeffries, erguido en el hueco. No venía inerme. En sus manos, uno de aquellos potentes rifles de la panoplia de la sala de recreo, fue asestado contra aquello…

Un gruñido espantoso retumbó junto a Muriel Ashton. Una forma horrible se movió, reptó furiosa hacia Jeffries.

Éste, dominando como pudo su horror infinito, disparó una, dos, tres, cuatro, cinco veces… Tantas como balas tenía el cargador de la poderosa arma de caza mayor.

Todos los impactos herían a aquel cuerpo, aquella materia repugnante y fofa…

Sonidos guturales, una especie de gritos roncos, brotaban del monstruo, a medida que era acribillado a quemarropa. Sudoroso, jadeante, incansable, Stuart Jeffries seguía disparando, disparando, siempre disparando sin cesar…

Muriel Ashton estaba viendo al fin la forma real de la criatura del infierno. Y, con un gemido de horror sin límites, se desplomó, perdido el conocimiento.

* * *

—Era…, era un ser humano… Alguna vez lo fue…

Y Stuart Jeffries tocó con su zapato la forma abatida en tierra, dominando su repugnancia por aquel simple contacto.

Era como rozar una babosa gigante. No otra cosa parecía aquel cuerpo enorme, adiposo, fofo, de un color lívido, entre verdoso y amarillo… Sin extremidades. Ni brazos ni piernas. Sólo unos muñones que en sus piernas eran solamente como una cola reptante, vigorosa en los impulsos… Sólo un tronco capaz de reptar.

Una piel purulenta, que despedía aquella baba maloliente de todas sus llagas… Y un rostro…

Ni siquiera parecía rostro. Una forma, una bola de carne cubierta de purulencias, unos ojos redondos, sin pestañas ni párpados, en medio de unas facciones deformes, torcidas, deshumanizadas… En ellas, una boca increíble, monstruosa, dentada, con afilados colmillos…

—El rostro de la ventana… —susurró Muriel, estremeciéndose, sin mirarle apenas—. Pobre Marion… Yo la culpé a ella… Esto es mucho más horrible…

—Sí, lo es. Reptaba para matar. Obedecía órdenes. De Grayson, de los endemoniados de Sherwood… Vivía allá abajo, en una fétida covacha… Pero fue un hombre alguna vez, Muriel.

—Lo he oído decir hace un momento… De no ser porque *lady* Eunice lo mencionó… nunca podría creer que en eso… en eso terminó… el jardinero Bligh…

—El incendio no fue casual. Lo provocó Grayson con sus experimentos de alquimia diabólica. Creo que simple química con la que pretendía hallar nuevas formas de poder… La explosión destrozó a su ayudante, el jardinero Bligh… Lo convirtió en un mutilado atroz… y algún tratamiento con drogas creadas por él… dieron lugar a esa mutación horrenda… Ni siquiera usaba zarpas. No las poseía… Eran SUS DIENTES, Muriel… Mordía a sus víctimas hasta despedazarlas… Sus dientes son gigantescos, puntiagudos, monstruosos… Cielos, qué horrible modo de morir…

Hubo un silencio profundo en el jardín del colegio. Allá, en el umbral del edificio, las alumnas se agrupaban, medrosas, pálidas. Pero liberadas de algo. Quizá de mucho. Esperaban a Cox, para hacerle entrega de aquel cadáver horripilante, para denunciar a Grayson… *Lady* Eunice, víctima inocente pese a todas las apariencias, sometida al poder satánico de James Grayson, seguía sollozando, como en trance, acurrucada en un rincón. Muriel fue hacia ella. Sentía ahora una profunda compasión por quien llegara a creer que era un monstruo de maldad y de intolerancia.

Súbitamente, las luces de unos faros iluminaron el claro. El pesado automóvil rural de Edwin Cox, apareció a su vista. La llamada telefónica al pueblo, había surtido efecto, evidentemente. Pero Cox no venía solo. Le acompañaba Roger Cuthberston, y

llevaba un rifle en sus manos. Parecía demudado, como sometido a una reciente tensión emocional.

Cox saltó del coche rápidamente. Llevaba su pistola en la mano, cosa poco usual en él.

—¿Qué sucede? —indagó bruscamente—. ¿Hay novedades aquí, señores?

—Las hubo, agente —afirmó sombríamente Jeffries—. Vea eso, en el suelo… Era el asesino de lord Kellaway. También lo fue de Hazel Oxley. Y pudo serlo de Muriel Ashton… Ya no palpita. Tuve que matarlo… En realidad, era sólo una forma de vida, lejos de lo humano y lo animal. *Lady* Eunice nos ha contado quién fue: el jardinero Dennis Bligh…

—¡Bligh! —Se estremeció Cox, palideciendo. Miró incrédulo a Jeffries—. Cielos, qué horrenda historia…

—Peor de lo que imagina, agente. *Lady* Eunice es inocente de todo. Estaba sometida al poder hipnótico de un falso demonio. Un hombre perverso, llamado James Grayson. Su administrador y colaborador en este colegio…

—Sí, eso lo sé…

—¿Lo sabe? —se sorprendió Jeffries.

—Lo sé muy bien. Él señor Cuthberston y yo hemos ido en busca de su hija, desaparecida hoy en la campiña. Por fortuna, dimos con ella a tiempo. Grayson era un canalla, un embaucador. Pero, realmente, celebraba ritos satánicos y vergonzosas orgías con la mujer demonio Scheva…

—Eso nos ha dicho *lady* Eunice… —afirmó Stuart.

—Sí, pero usted ignora que Scheva, para sus ritos, estaba encarnada en una mujer de carne y hueso… Señor Jeffries, cuando hallamos a Marion, iba a ser sacrificada a la mujer-demonio… Pudimos salvarla. Grayson se resistió y fue muerto a tiros… En cuanto a Scheva, se mató ella misma, al verse perdida…

—Scheva… —Stuart Jeffries miró a Cox. Una vaga idea flotó por su mente—. Entiendo. Ella era también humana. Nada de demonios. Y Scheva mató a mi tío… porque supo quién era ella y lo que hacía, ¿no es cierto?

—Sí, señor Jeffries —afirmó cansadamente Edwin Cox—. Veo que usted lo entiende… Scheva, la cómplice y concubina de Grayson en sus repugnantes ritos… era Angela Eaton, su criada,

señor Jeffries…

Stuart no dijo nada. Se alejó lentamente, en dirección a Muriel Ashton. Dijo entre dientes, ya lejos de Cox:

—Debí imaginarlo. Pero lo cierto es que había empezado a sospechar algo así…

Llegó junto a Muriel. Ella le miró, con una pálida sonrisa en su rostro fatigado y triste, que tardaría en volver a sonreír jovialmente.

—Vamos —dijo Stuart suavemente, tomando sus manos—. Ven conmigo, Muriel.

—Stuart, yo…

—Ven conmigo. Vamos a Nottingham. A alguna parte donde empezar a olvidar esto… Mañana hablaremos tú y yo… Mi idea es volver pronto a Londres, vender mi propiedad…

—Sí, yo creo que también regresaré. No podría quedarme aquí, después de…, de lo ocurrido…

—Lo sé. Por eso quiero que hablemos estos días, antes de emprender el regreso. Me gustaría…, me gustaría que volviéramos juntos…

—Sí, Stuart —suspiró ella—. A mí también…

Se miraron a los ojos. Y no dijeron más. A veces, la mirada era más expresiva y elocuente que todas las palabras. Especialmente, entre un hombre y una mujer…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.